

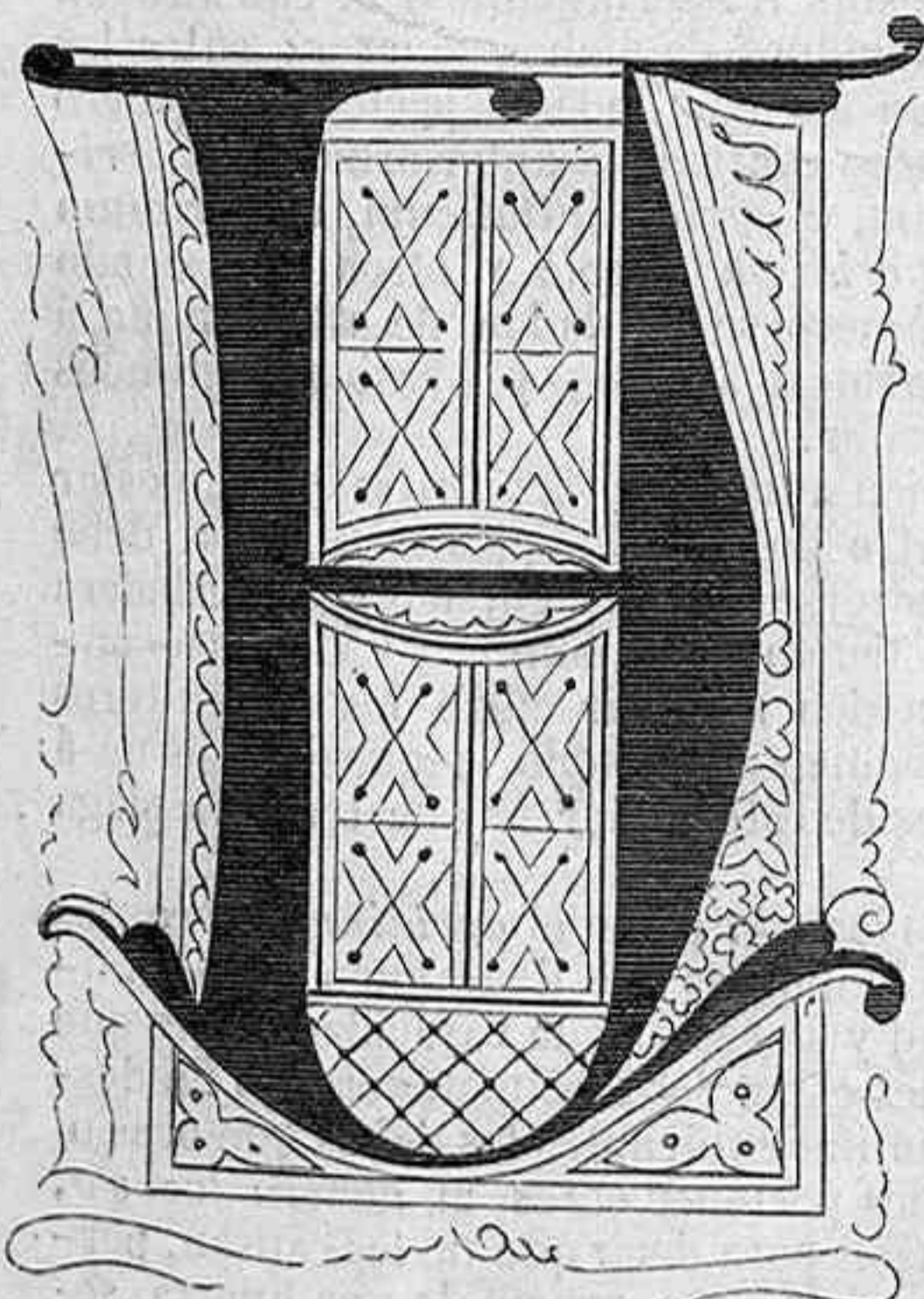


NUM. 7. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 18 DE FEBRERO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



En la revista de Carnaval parece indispensable que salga disfrazada de modo que no la conozcan sus habituales lectores. No teniendo á mano un dominó y una careta que ponerle á estas líneas invertiremos el orden de los asuntos, y así como siempre comenzamos por lo mas serio para concluir con lo mas alegre, hoy daremos principio á nuestro resumen semanal por lo mas fútil haciendo punto

en lo mas grave. Y algo es algo.

En la anterior revista dijimos que la perspectiva del Carnaval y la hermosura del tiempo habian cambiado por completo la fisonomía de la corte. A última hora el tiempo hizo fiasco: el cielo, antes sereno y limpio, se cubrió de nubes; al aire perfumado y tibio, propio de primavera, substituyó el cierzo frio y delgado como la hoja de un puñal de Albacete: pero el impulso estaba dado, y el Carnaval no ha sido por eso menos alegre y ruidoso que de costumbre.

Rompió la marcha, inaugurando por decirlo así el periodo carnavalesco, el baile dado en el Conservatorio por la asociacion de damas de la Beneficencia. Los salones del Conservatorio han estado bastante concurridos, y la reunion fue tan escogida como cabe en lo posible cuando se

trata de una sociedad en la cual no se exigen mas requisitos para ser presentado que tener ganas de gastar 40 reales. Entre muchas elegantes damas, á quienes á pesar de su disfraz conocimos, circulaban por lo tanto alguna que otra muestra de ese *demi monde*, ó *quart de monde*, que en Madrid se introduce en todos los círculos apenas ve la puerta entreabierta. Pero el Carnaval tiene algo de fácil y tolerante respecto á las costumbres; la careta autoriza ciertas derogaciones por parte de las gentes mas rígidas; y luego... se presentan tan pocas ocasiones de hacer una obra de caridad bailando una schottis-polka que no tan solo no estrañamos la boga de estas ó parecidas fiestas, sino que, por el contrario, las aplaudimos. No todos comprenden la caridad de un mismo modo; no á todos es dado practicarla en lo que tiene de mas enojoso y áspero: bueno es, pues, allanar el camino armonizándola con otro placer que el que las almas privilegiadas encuentran en el fondo de la caridad misma.

Al baile del Conservatorio han seguido los del Real, la Zarzuela y Capellanes. No hay para qué decir que en todos se han notado animacion y concurrencia. En el segundo ó tercer baile podrán las sociedades encargadas de esta clase de especulaciones ganar ó perder segun el humor de las gentes y las circunstancias del momento: pero en el primero ¿cuál es tan torpe que no tiene á mano un par de docenas de ninfas alquiladas y de jóvenes de mas humor que dinero que hagan bulto, merced á algunos billetes gratis? Sabido el secreto de los primeros bailes de la temporada no nos ha estrañado, pues, encontrar en ellos el personal conocido. En el teatro de la ópera, al compás de su magnífica orquesta, dirigida por Bonetti, hemos visto walsar, amen de todo el escuadron femenino de entre bastidores, bailarinas, coristas y figurantas, una multitud de esas beldades de clasificacion dudosa: vanguardia encubierta de un género de *damas* popularizadas por la pluma de Dumas hijo y la música de Verdi, que hacen esfuerzos increíbles para aclimatarse en nuestro país por mas que las rechacen nuestro carácter y nuestras costumbres.

Algun que otro dominó de seda, por entre cuyos anchos y flotantes pliegues asomaba una mano aristocrática y pequeña calzada de un guante perfumado y finísimo dejaba, sin embargo, adivinar la presencia en los salones del Real de una reducida parte del sexo bello verdaderamente elegante y distinguido de la corte.

Estas discretas tapadas, de las cuales podríamos decir en confianza y al oido de un amigo el nombre de algunas, y varias personas conocidas, que formaban corro entre los individuos del sexo feo que se agrupan en el centro del salon, han impreso este año como en los pasados su sello especial y característico á los bailes del teatro de la plaza de Oriente.

Jovellanos, manteniendo su tradicion respecto á máscaras, se ha mostrado asimismo alegre, ruidoso y todo lo expansivo que permiten el disfraz y la careta. Sobre el indispensable fondo de personajes equívocos, pertenecientes á ambos sexos, ha ofrecido su risueña galería de figuras propias de estos bailes de medio carácter. Sentadas alrededor de la sala han podido, pues, verse muchas *viudas de intendentes* (requisito forzoso de toda pupilera), acompañadas de sus tiernos pimpollos; y circulando en grupos, muchos estudiantes de todo género de derechos y carreras, inclusa la mas célebre de la corte. De Jovellanos á Capellanes la decoracion varía y han variado igualmente los actores. Desde la modistilla á las nocturnas paseantas de la, con tanta razon, llamada calle de Peligros; desde los abonados á los Andaluces á los toreros que se estacionan en las cuatro esquinas, lo mas florido de la gente del bronce, de la perpétua diversion, de la eterna jarana y del escándalo eterno, ha tenido representacion en el local que reúne el raro privilegio de dar á un tiempo acogida á todo género de personas. En efecto, lo mas característico del teatro de Oriente y la Zarzuela, los que acaso salen de un salon aristocrático ó han pasado la tarde en el Canal, han venido en esta ocasion, como vienen siempre, á pagar el tributo de un momento de la noche á Capellanes.

En el Prado, y durante los primeros dias del Carnaval, la multitud ha sido inmensa y la animacion y el bullicio tan grandes como si en nada tuviéramos por el momento en qué pensar mas que en disfrazarnos y divertirnos. El pueblo es como los niños: con la misma facilidad llora que se consuela, mostrando á veces juntas las lágrimas y la risa. En los dias en que la terrible epidemia azotaba á Madrid, parecia imposible que el tiempo pudiera borrar las hondas huellas que habia dejado. Cuando mas tarde los trastornos políticos preocuparon hondamente la atencion pública, era de esperar que por muchos meses todos se ocuparian de la probable resolucion de un oscuro problema planteado y no resuelto. Mas tarde, el descalabro sufrido

en Chile, llenó de santa y patriótica indignación las almas y debía creerse que nadie apartaría los ojos de este asunto hasta ver su desenlace. Sin embargo, llega el Carnaval, los lutos se esconden, las preocupaciones se disipan, los proyectos bélicos se aplazan y el país transformado de la noche á la mañana de grave y preocupado en alegre y bullicioso, puede exclamar á su vez: *Europa ¿me conoces?*

El miércoles de Ceniza, ayudado del diluvio de agua que han arrojado las nubes, ha venido á cerrar el período de locura trayéndonos el enfadoso bagaje de nuestras antiguas preocupaciones al ponernos la ceniza en la frente. *¡Polvo eres y en polvo te has de convertir!* Este lúgubre estribillo con que termina la Iglesia la canción báquica comenzada por el Carnaval, viene á concluir con un imponente acorde de Miserere la atonadora sinfonía de los placeres mundanales.

Después de los excesos y los gastos extraordinarios que inevitablemente traen consigo todas estas grandes fiestas, la primera idea sería que se ocurre es la de reparar por medio de la economía el desequilibrio del bolsillo; y esta preocupación, particular á cada individuo, trasciende á la pública opinión y forma una atmósfera. Nada más natural, por lo tanto, que la primera cuestión puesta sobre el tapete en materias políticas sea la cuestión de Hacienda, pronunciándose todos en favor de las economías en el presupuesto. En el Senado las oposiciones presentaron el combate al ministerio en los asuntos de Italia; en las Cortes se trata de hostilizarle en una larga serie de encuentros y escaramuzas á propósito de las tantas veces anunciadas economías. El gabinete asegura que se encuentra animado de los mejores deseos respecto á este particular: nosotros lo creemos; pero ha debido sucederle lo que á aquel grande de España, que conociendo su ruinosa situación y después de decidirse á tomar una medida radical, reduciendo el total de sus gastos al de los ingresos, dió una vuelta por su casa y no encontró que suprimir más que una ensalada en la comida y un farol en el patio. Las economías realizadas en el presupuesto hasta ahora, no equivalen á más. Y cuidado que por nuestra parte no creemos que las economías, que son el a b c de la ciencia, bastan por sí solas á salvar una situación. Podrán á lo sumo servir para atravesar más fácilmente un período dado, para resolver un conflicto de momento, pero no para prosperar y desenvolverse un país.

Del Pacífico se han recibido noticias por la Mala inglesa, las cuales se reducen á decir que nada ocurre de particular. Esto mismo deberíamos repetir en nuestra revista; pero la verdad es que el no haber ocurrido nada, en el terreno en que ya se encuentra la cuestión, no deja de ser bastante. También se ha hablado en los círculos políticos de una nota que el general Lamarmora ha enviado al gobierno de España, protestando en nombre del de Víctor Manuel contra el espíritu de ciertos documentos relativos al reconocimiento de Italia, publicados con motivo de la discusión del discurso de la corona. La trascendencia de esta cuestión es bastante grande, toda vez que al complicarse podrá haber que resulte inútil un paso diplomático que ha dado margen á muchas discusiones, y en el que algunos partidos fundaban lisonjeras esperanzas.

Estos asuntos y algunas que otras noticias contradictorias, acerca de los corsarios, ocupan por el momento la atención de los círculos políticos, mientras los aficionados á otro género de novedades hablan de las próximas reuniones particulares, que se anuncian para la Cuaresma, y del nuevo drama *Doña Leonor de Pimentel* estrenado en el teatro de Variedades por la Civil. Después del beneficio de Valero, en el que este eminente actor consiguió un nuevo y ruidoso triunfo con *la Carajada*, la representación de la obra del señor Valcárcel ha sido, sin duda alguna, el suceso más notable que en la última semana han ofrecido los teatros. *Doña Leonor de Pimentel* dista mucho todavía de ser una obra perfecta en su género. Fáltale á su autor experiencia de la escena y el conocimiento profundo del carácter de la época que trata de resucitar, condición la segunda que cada día se hace más indispensable en los dramas históricos. No obstante, algunos rasgos felices diseminados en la obra, la galanura del estilo y la pasión con que están escritas ciertas escenas, contribuyen á que se califique esta producción de un feliz ensayo que deja presentar grandes triunfos al joven poeta que lo ha acometido. La ejecución de la obra por parte de la Civil justifica los aplausos que le prodiga el público, haciendo olvidar en parte la desigualdad del cuadro de actores que la acompaña y las escasez de recursos y de aparato escénico del teatro en que actúa.

Ultimamente la facultad de medicina de la real Cámara, ha puesto en conocimiento de la presidencia del Consejo de ministros, la enfermedad y la muerte del infante don Francisco de Asís y Leopoldo, cuyo cadáver después de haber sido espuesto al público en una de las salas del Palacio, será conducido con la pompa y ceremonias de costumbre al panteón del Escorial.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

ENTOMOLOGIA AGRICOLA.

INSECTOS DAÑINOS.—LANGOSTA.

En el órden de los *ortópteros* se hallan comprendidos dos géneros de insectos, saltadores y voladores, que cuando uno de ellos se reúne en gran número y emigra de un punto á otro, es el azote más terrible del labrador, destroza las mieses, tala los campos y deja en pos de sí la desolación y el hambre. Esta funesta plaga que pesa sobre la humanidad desde los tiempos más remotos, fue una de las diez calamidades de Egipto que envió Dios á Faraón y sus súbditos por la palabra de Moisés para obligarles á dar libertad á los israelitas.

El pánico más desconsolador se apodera de todos los labradores de una comarca al oír tan solamente que la langosta ha aparecido en las provincias limítrofes de donde habitan, porque desde luego preven que si llegasen estas legiones á invadir sus heredades serían desapiadadamente asoladas con la rapidez del rayo. Y así vemos que en todos los sitios en donde merodean estos insectos trasmigrantes, el verdor desaparece de la campiña como asolado por un torrente de fuego, los árboles y las plantas despojadas de las hojas y tallos tiernos y reducidos á su mondadillo ramaje, corroido y casi descortezado, trasforman á nuestra vista el esplendoroso y risueño paisaje de la primavera, en el espectáculo triste y desanimado del invierno devastado por la tormenta.

Los puntos del globo en donde con más frecuencia y crecido número acosa esta plaga con insistencia desde tiempos muy antiguos, son: la Siria, el Egipto y todo el resto del Africa, la Persia y casi todo el Mediodía del Asia. Mas no se crea por esto que los países del Norte se encuentran libres de esta plaga ó que raras veces haya causado grandes estragos como equivocadamente suponen algunos escritores, puesto que hasta en la misma Rusia la invasión de la langosta se verifica con mucha frecuencia, y esto sin contar con las que en diferentes épocas han castigado la Alemania y otros puntos del Norte como en otro lugar demostraremos.

Dijimos antes que en dos géneros del órden de los *ortópteros* se hallaban comprendidos los insectos devastadores de que nos venimos ocupando, y estos son el género *locusta* nombre latino de la langosta, que entre otras especies cuenta la *locusta grisea*, que vive en los alrededores de Madrid y la *locusta viridissima*, la cual se encuentra en el Este y Mediodía de España; y el género *acridium*, saltamontes; nombre griego de la langosta, cuyas especies más conocidas son el *acridium italicum*, el *acridium lineola* y el *acridium caeruleum* que habitan en las inmediaciones de Madrid, habiendo otras especies de este mismo género que como el *acridium stridulum* se hallan en el resto de la península y en muchos puntos de Europa. A este género pertenece también el *acridium migratorium*, el cual tiene la particularidad de emigrar de un sitio á otro, por lo cual se le ha dado este nombre, y vulgarmente el de langosta emigrante ó trasmigrante, y cuya especie constituye el mayor número de esas voraces plagas que acosadas en un principio por el hambre y después por el imperioso deseo de reproducirse pasean sus famélicas legiones por distintos puntos del globo esterminando toda cuanta vegetación encuentran en su camino.

El género *locusta*, langosta, tiene los cuernecillos ó antenas setáceos ó en forma de cerdas y compuestas de muchas articulaciones; los elitros ó alas anteriores consistentes y forman como un caballete por tenerlas inclinadas hácia los bordes; los pies posteriores largos, robustos y convenientemente dispuestos para el salto, y los tarsos son de cuatro artejos.

Las hembras poseen en la extremidad del abdomen un taladro comprimido, vuelto ó encorvado que algunos suelen llamar espada ó sable y cuya especie de pinzas ó oviducto les sirven para depositar los huevos en la tierra.

El género *acridium*, saltamontes, es muy parecido al anterior, y las diferencias esenciales consisten en que las hembras carecen de taladro, en tener las antenas del mismo diámetro en toda su extensión, y en que los tarsos se componen de tres artejos. A estos caracteres diferenciales de ambos géneros, debemos añadir los generales del órden que consisten en tener las alas membranosas plegadas longitudinalmente cuando están en reposo, y de cuya disposición tiene origen el nombre de *ortópteros*, que quiere decir alas rectas. Los *ortópteros* tienen una cabeza gruesa y más dura que el resto del cuerpo y de figura ovóidea; las antenas ó cuernecillos suelen variar, pero casi siempre se hallan compuestas de muchas articulaciones y por esto se llaman multiarticuladas; dos ojos compuestos grandes y redondeados, acompañados de dos ó tres ojitos sencillos pequeños, poco aparentes y colocados por lo regular en la frente y siempre entre los compuestos; un labro ó labio superior, mandíbulas cortas, robustas y armadas de unas especies de protuberancias que hacen oficio de dientes, sirviendo por su conveniente disposición para masticar las plantas verdes que constituyen su única alimentación. Cada una de las mandíbulas tiene dos palpos ó hilitos de los cuales el interno se halla formado de una sola pieza lo suficientemente an-

cha para que unida á los labios cierre la cavidad de la boca. El dermato-esqueleto ó sea el esqueleto exterior es flexible y alargado; tienen cuatro alas las dos primeras ó coriáceas y se encuentran robustecidas por muchas nerviaciones y por lo regular están cruzadas la una sobre la otra; las alas posteriores son membranosas, largas y como plegadas en abanico; y por último estos insectos todos ellos tienen tres pares de patas.

Bajo el nombre común de langosta se han confundido vulgarmente á los individuos ó especies de los géneros *locusta* y *acridium* ó sean las langostas y los saltamontes, porque habiéndose desarrollado en gran número y destruido la vegetación de los sitios en donde se encontraban se han trasladado después á otros puntos en busca de nuevo alimento y han ocasionado como es consiguiente las mismas devastaciones. Mas por regla general estas famélicas legiones se componen de varias especies del género *acridium* y la mayoría de ellas la constituye el *acridium migratorium*, ó sea lo que comúnmente se denomina *langosta adventicia* ó *trasmigrante*. Todas las especies de ambos géneros que anteriormente enumeramos con otras varias que también se encuentran en la península, viven y pasturan sossegada y tranquilamente en nuestros campos sin hacer gran daño aparente cuando son en corto número, y por lo tanto vienen á morir en el sitio ó en parajes cercanos del punto en donde nacieron. Mas cuando su número es bastante crecido, si bien no de tal suerte que constituya una verdadera plaga general imposible de combatir, en este caso recorren puntos más ó menos distantes, posesionándose de un término más ó menos estenso, el cual asaltan en distintos sitios, y entonces ya causan daños de bastante consideración, como hemos tenido lugar de observar por tres años consecutivos en las jurisdicciones de Pinto, Valdemoro, San Martín de la Vega y Ciempozuelos en la provincia de Madrid.

Dependiente de esta distinta forma de invasión que consiste en el mayor ó menor número y del sitio de donde procedan, ha tenido lugar la especie de clasificación que han hecho algunos escritores de este insecto dividiéndole en langostas *perennes*, langostas *adventicias* ó *emigrantes* y que nosotros siguiendo esta clasificación que puede ser ventajosa en la práctica y fácil de comprender por los labradores, añadiremos una tercera sección que pudiera muy bien denominarse *langostas trasterminantes*. Admitida en la práctica esta clasificación vulgar tendremos que corresponden al primer grupo (langostas *perennes*) los individuos de ambos géneros que mueren en el mismo sitio en que nacieron y que por su corto número no causan graves trastornos en los cultivos si bien siempre hacen daño en los campos en donde habitan. La segunda sección (langostas *adventicias* ó *emigrantes*) la forman las numerosas legiones de dichos insectos, con especialidad el *acridium migratorium* y algunas otras especies del mismo género que pasando por lo regular de una á otra parte del mundo recorren diferentes naciones, constituyendo de tiempo en tiempo una desastrosa calamidad pública y la verdadera langosta. Y por último, la tercera división (langostas *trasterminantes*) la constituyen las especies ó individuos de dichos géneros, entre los cuales predominan además de las especies del género *locusta* que dejamos espresadas anteriormente el *acridium migratorium*, el *acridium italicum*, el *acridium caeruleum*, el *acridium lineola* y otros que siendo ya en mayor número se trasladan de un término á otro, de una provincia á otra, y ocasionan grandes perjuicios al labrador.

Esta clasificación aunque es arbitraria por no estar comprendida dentro de los principios científicos, debe sin embargo conocerse á fin de entender la verdadera significación que tienen estos nombres y el valor convencional que pueden adquirir entre los agricultores prácticos, especialmente en todo lo que concierne á los medios posibles de esterminar esta destructora plaga de las cosechas.

Tanto el género *locusta* como el *acridium*, ó sean las langostas y los saltamontes, se distinguen por su numerosa fecundidad y su estremada voracidad, así es que teniendo presentes estas dos circunstancias ya no despreciaremos como insignificantes los daños que ocasionan los individuos pertenecientes al género *locusta*, porque no hay razón para decir que no los causan, porque localizan sus destrozos aparte de una huerta, soto, pradera ó campiña en donde viven, cuyos daños se ven palpablemente en estos puntos y por consiguiente aunque no hiciesen más que aumentar el número de los muchos enemigos que tiene el cultivador deben perseguirse sin tregua ni descanso. Con tanto más motivo cuanto que es tal la voracidad de algunos de ellos que entre las diez y ocho especies europeas de este género descritas por el célebre Linneo se encuentra el *gryllus verrucivorus* ó *locusta verrucivora* el cual es muy voraz y según este célebre naturalista le usaban en su tiempo los campesinos de Suecia para curar y extinguir las verrugas de las manos.

El *acridium migratorium* ó sea la verdadera langosta, tiene una cabeza muy desarrollada y sus antenas son cortas; los ojos saltones y acompañados de tres oji-

tos pequeños, planos y colocados en triángulo sobre lo alto de la cabeza; su boca se compone de dos grandes labios: uno superior y otro inferior; mandíbulas robustas y armadas de dientes redondeados; el esternon largo, algo aplastado y muy diferente del de las langostas; los elitros coriáceos, estrechos y tan largos como las segundas alas á las que cubren en toda su longitud; las alas membranosas son largas, plegadas en abanico y coloreadas en parte de un bonito azul y en otras de un rojo muy vivo; el primero y segundo par de patas adquieren un mediano desarrollo, mas las posteriores tienen una longitud y fortaleza extraordinarias. Las hembras se distinguen segun han creído algunos por un órgano particular colocado encima de las patas posteriores y que el señor Latreille compara al aparato de las cigarras y le considera como un verdadero instrumento acústico. Sin embargo hay que tener presente que los sonidos agudos que producen los machos son debidos al frotamiento alternativo de las piernas posteriores contra la parte lateral de los elitros y de las cuales hacen uso á modo de arco de violin.

(Se continuará.)

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

NÚM. VI.

Párrafo quinto del señor Acosta.

(MUSEO UNIVERSAL, 23 de diciembre de 1864).

Desde el capítulo VIII (primera parte del *Quijote*) hasta el XVI inclusive, cuenta Cervantes las aventuras de los religiosos benitos, el vizcaino, y los yangüeses, de todas las cuales, ya el caballero, ya el escudero, ya el uno y el otro, nada bueno sacaron. Los mozos de los frailes repelaron las barbas y molieron á coces al pobre Sancho; y al otro día los yangüeses aparearon tan bárbaramente al señor y al criado, que éste creyó no bastarian todos los emplastos de un hospital para ponerle siquiera en buen término los quebrantados lomos. Con tan buen avío se acuesta Sancho Panza en la venta de Palomeque el Zurdo; y aunque procuraba dormir (escribe Cervantes), no lo consentía el dolor de sus costillas. No dormía Sancho, pues, ni su amo tampoco; Maritornes, buscando á oscuras á un arriero, tropieza con Don Quijote que la detiene; da el arriero una puñada atroz al señor del famoso libro (por no decir al héroe), se le sube encima de las espaldas, viene la cama al suelo. El ventero, á quien despierta ruido tan grande, llama dos veces á Maritornes; ella sin responder, «toda medrosica y alborotada, segun el texto de las ediciones conocidas, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormía, y allí se acorruco y se hizo un ovillo.» Si Sancho antes no podía dormir, y ahora se nos dice que aun dormía, ¿cuándo se durmió? ¿cuándo principió este sueño de Sancho? No lo expresa el libro, y lo reconoce el señor Acosta escribiendo: «Es verdad que Cervantes no determina el momento en que Sancho se durmió...» Pues si no se determina el momento ni el hecho, hay contradicción entre las dos proposiciones, contradicción que no se puede atribuir á Cervantes, á no tener de él pobrísima idea: el *aun dormía* debió ser en el original *al fin dormía ó ya dormía*. Por esto, y porque Sancho tenía en el cuerpo una pateadura del día anterior, y una paliza de aquella tarde, imprimí en mis dos ediciones: «que, aunque mal, ya dormía;» y para justificar la variante, dije en la nota correspondiente: «*Aun* debe ser parte de un *aunque*, y luego vendría el adverbio *mal*, porque antes se nos dice de Sancho: *Aunque* procuraba dormir, no lo consentía el dolor...» Sobre esta nota pone otra el señor Acosta con esta inocente pregunta: «¿Discurriría de este modo Cuvier al tiempo de armar los esqueletos de los animales antediluvianos?» Si el señor Acosta discurriera como Cuvier, no hubiera escrito el párrafo 5.º ni otro ni otros. Sigue el demostrador.

«Ciertamente que antes se dice eso; pero no por eso dejó de dormirse: prueba clara de que el dolor fue vencido por el sueño... — sobre que *al fin* cogió el sueño no hay duda.»

En primer lugar, yo no he dicho que el pobre Sancho no se durmiera; yo no he pensado en privarle del reposo que necesitaba: he impreso que *dormía, aunque mal*. En segundo, el señor Acosta corrige sin querer aquí (tal es la fuerza de la verdad) el texto viciado: si Sancho cogió *al fin* el sueño, ¿cómo el señor Acosta no echa menos esa locucion adverbial en el trozo que examinamos? Ese *al fin*, ¿no equivale al *ya*, impreso en la edicion argamasillesca?

Pero añade el señor Acosta: «No puede decirse que dormía mal... porque bien y muy bien debía dormir cuando no fue bastante para despertarle el gran ruido que despertó al ventero, que mucho mas lejos que Sancho se hallaba de la nocturna refriega.»

«Que *aun dormía*, expresa dos cosas: que Sancho dormía al tiempo que Maritornes fué á acogerse á su lecho...»

—Sí, señor; pero como no se ha dicho eso antes,

sino, al contrario, se ha dicho que no le dejaba dormir el dolor, hay precision de expresarlo ahora, no con ese *aun* que es impropio, sino con *al fin*, ó con *ya*, ó de otra manera.

Sigue el señor Acosta: «... Y que (esto corresponde á el *aun*), contra lo que parecia natural, no habia sido bastante á despertarle todo el estrépito de aquella infernal bataola... Dormía profundamente, y por consecuencia *bien*, al tiempo en que se llegó á su lecho la caritativa asturiana.»

No sabe ó no recuerda el señor Acosta; dichoso él! que puede una persona dormir profundamente, y *muy mal*, con pesadillas ó con delirios. Enterémonos bien del sueño de Sancho.

Cae con gran ruido la cama de Don Quijote, y Sancho duerme: sueño profundo.

Llama el ventero á voces á su criada, y Sancho duerme: buen sueño.

Llégase Maritornes á la cama de Sancho, y por el pronto no la siente: buen sueño.

«En esto (continúa Cervantes) despertó Sancho; y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte.» Sancho, segun el texto, no despertó porque tuviese á Maritornes tan cerca; se dice solamente que despertó y la sintió: entonces no habia ruido, ni luz ni otra causa que perturbara el sueño de Sancho; y él despierta y no se nos dice por qué: el sueño, tan pesado antes, habíase vuelto bien fugitivo: mal sueño. Y sueño muy particular: estaba reñido con la quietud; con el ruido se mantenía. Reinaba en la venta silencio profundo antes que la cama de Don Quijote cayese, y no podía Sancho dormir; el silencio se restableció después, y Sancho despertó; pero con el estrépito producido por la caída de la cama y con las voces del ventero, Sancho dormía.

«DOÑA MARIQUITA (1).

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas.

DON HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro...»

Dice verdad el señor don Hermógenes: el hombre (que sea escudero, que sea novelista, que sea matemático) necesita dormir; y se duerme uno á veces cuando menos debiera. A pesar de eso, no se durmió Cervantes en este lugar.

Como Sancho no era de bronce, como Cervantes imaginaba y escribía con sumo tino, debemos entender aquí, diga lo que quiera el señor Acosta, que la locucion adverbial *en esto* abraza todo el espacio de tiempo que medió desde la caída de la cama hasta después que Maritornes acudió á la de Sancho: y por consiguiente el estruendo de la caída principió á despertarle, y el dolor de los palos no llegó á vencer totalmente al sueño hasta algunos minutos después. Lo verosímil en el caso y lo digno del gran novelista es esto: y á propósito de sueño tras golpes, citaré aquí dos ejemplos de nuestra novela. Cuando un vecino del lugar del Rebutano (segunda parte, capítulos XXVII y XXVIII) descargó sobre Sancho aquel varapalo cruel, que le quebrantó desde la nuca hasta el remate del espinazo, no se olvidó Cervantes de advertir al lector que Sancho pasó la noche *penosamente*; la que precedió á las aventuras de la venta (véase el final del capítulo XII) durmió Sancho como *hombre molido á coces*; si garrotazos encima de coces, y sacudidos por manos rústicas y enojadas, producen excelente sueño, tiene entonces el señor Acosta razon en su crítica: los que hayan disfrutado tan agradable soporífico decidan el punto. No tengo empeño en sostener mi variante; la necesidad de una sí, porque el *aun* es disparatado, y la defensa particpa de la índole de la causa. A bien que el señor Acosta deja sin exámen ésta, que era la cuestion principal, y se entretiene en otra que importa bien poco. Si llegase á entender en otra edicion del *Quijote*, no imprimiria yo que *aunque mal, ya dormía*, sino que *al fin dormía*, porque esta variante no habia de parecerle mal al señor Acosta. Olvidábase añadir que el adverbio *aun* se halla empleado mas de una vez en el *Quijote* de modo y en casos que justifican plenamente lo que llevo escrito. Ya en el capítulo III de la primera parte, muy cerca del fin, se leen estas líneas: «Hicieronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder sino que le diesen de comer y *le dejasen dormir*, que era lo que mas le importaba. Hízose asi, y el Cura... otro dia... se vino á casa de Don Quijote.» Concluye el capítulo, y el siguiente principia diciendo: «El cual *aun todavía* dormía.» No se espresa que se durmiese; pero no se dice que *no podía dormir*; y siendo natural que duerma quien tiene posibilidad y necesidad de sueño, entiende perfectamente el lector que dejaron á Don Quijote acostado, que *se durmió*, y seguia durmiendo.

En la segunda parte, al fin del capítulo XIX, leemos: «No quiso entrar en el lugar Don Quijote... dió por disculpa... ser costumbre de los caballeros andantes *dor-*

(1) Don Leandro Fernandez de Moratin en *La comedia nueva* (6 El café), acto 2.º, escena 4.ª

mir por los campos y florestas antes que en los poblados.» Al principio del siguiente capítulo, Don Quijote, «sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que *aun todavía* roncaba.» No se habia dicho con anterioridad que Sancho durmiera; pero tampoco habia nada en contrario: se supone pues sin dificultad que Sancho se acostó y se durmió, y aun dormía y roncaba. Asi escribe Cervantes en estos casos: ni se entretiene en decir lo que no hace falta, ni se contradice. No sucede eso en el capítulo XVI de la parte primera: no se puede por tanto achacar á Cervantes un error tan grosero.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

DON CASTO MENDEZ-NUÑEZ,

JEFE ACTUAL DE LA ESCUADRA DEL PACÍFICO.

En las apacibles riberas de la ria de Vigo, no lejos de esta ciudad y en su jurisdiccion, hay una antigua y sólida casa, puesta en cierta altura, desde cuya galería se estiende la vista por una de las comarcas mas fértiles y hermosas de la tierra. En aquella region halla el sorprendido viajero la amena frondosidad de Galicia, bajo el deleitoso cielo de la primavera de Andalucía.

Llábase el sitio, Santiago de Vigo, y en él corrió la infancia de nuestro querido amigo el señor don Casto Mendez-Nuñez; lugar, en verdad, á propósito para nacer y criarse un marino, cuya alma debia de enamorarse de la hermosa ria, puesta ante sus ojos, y de aquel gran mar Océano, años despues atravesado de uno á otro hemisferio por nuestra *Numancia*, cabalmente, al mando del buen marino y soldado, á cuyo nombre dedicamos estos cortos renglones.

Fuera grave ofensa á la señalada modestia de nuestro amigo, y aun imprudencia imperdonable, el colmarle de exagerados elogios, cuando su pericia, valor y servicios no los necesitan, al paso que un inesperado contratiempo, de esos que no alcanza, á veces, la mano del hombre á evitar, pudiera comprometer, no su nombre, ni su honra, harto bien puestos, para padecer menoscabo; pero su fortuna, calidad necesaria al guerrero, segun un capitán excelente, y hasta ahora compañera inseparable del señor Mendez-Nuñez.

No es este artículo, biográfico, ni la ocasion se presta á especificar los servicios del actual jefe de la escuadra española en el Pacífico, cuyos viajes, hechos á veces en circunstancias y con éxito maravilloso, le dieron á conocer desde muy jóven por uno de nuestros buenos marinos.

Siendo capitán de fragata, por antigüedad, se hallaba mandando el vapor *Narvaez*, en la guerra de Mindanao. Sabido es que los mahometanos de aquellas islas construyen sus fuertes ó *cottas* de manera, que es contra ellos del todo inútil la artillería. Mendez-Nuñez, viendo gravemente comprometida á la columna de asalto, que por tierra intentaba tomar á Cottabanco, determinó, movido, mas que de ciego entusiasmo, del sereno y señalado esfuerzo que le distingue, echar sobre sí toda responsabilidad, y dando fuerza á la máquina, hizo embarrancar la proa de su buque en el fango, al pie de la cotta, entrando el botalon de foque por una tronera, con que, sirviendo el bauprés de puente, pudo caer con los suyos sobre los atónitos moros, que en vano intentaron valerse de su rabiosa ira, temible hasta la muerte, en contra de nuestros valientes marinos. Por tan heroica accion fue nombrado capitán de navío.

La presencia de la fragata blindada, *Numancia*, en el Pacífico, prueba otro nuevo servicio del señor Mendez-Nuñez, cuyo ejemplo no ha seguido hasta ahora ninguna otra marina europea, ni americana, y por él determinó el gobierno de S. M. nombrarle brigadier.

Solo pedimos al cielo, en bien de la patria, que el señor Mendez-Nuñez sea siempre afortunado, que ello bastará para que, cuando tengamos el placer de nombrarle y juzgar sus acciones como hombre y como marino, podamos añadir, segun hasta aquí, el dictado de *venturoso* al de *bueno*.

¡Pluguiera á Dios que todos los españoles nos conformáramos con entrambos!

Con harto dolor concluimos, sin que nos sea lícito ir mas allá de mencionar á nuestro amigo y compañero el señor don Manuel de la Pezuela, capitán de navío y mayordomo de semana de S. M., á nuestro amigo el señor don Juan Antequera, capitán de navío, segundo de Nuñez en la *Numancia* y jefe actual de ésta, asi como á los señores don Miguel Lobo, Topete, Valcárcel, Albargonzalez y demás jefes, oficiales y marinos de nuestra escuadra, á cuyo alentado espíritu y generosa constancia tiene España encomendada la honra por tan apartadas regiones.

FERNANDO FULGOSIO.

UNA ESCURSION A ZEITUN.

Era la tarde de uno de los días mas ardientes que se han sentido en Malta durante el mes de mayo de uno de estos últimos años. Al aproximarse el crepúsculo

una ligera brisa del Nordeste refrescó el ambiente de la abrasada isla y nos permitió emprender nuestra proyectada escursión á la ciudad manufacturera de Zeitun. Que nuestros lectores no se rian de una espresion tan pomposa; dentro de los estrechos límites de Malta, los beneficios producidos por éste y otros centros de industria son comparativamente tan grandes como los que reportan Manchester, Sheffield y Birmingham á la Gran Bretaña. En estos centros se da trabajo al pobre, y por el trabajo se le preserva de la miseria y de la mendicidad, y del crimen que generalmente le acompañan. En la Valetta pululan los mendigos; en Zeitun nadie tiende la mano para implorar la caridad del extranjero ni del residente.

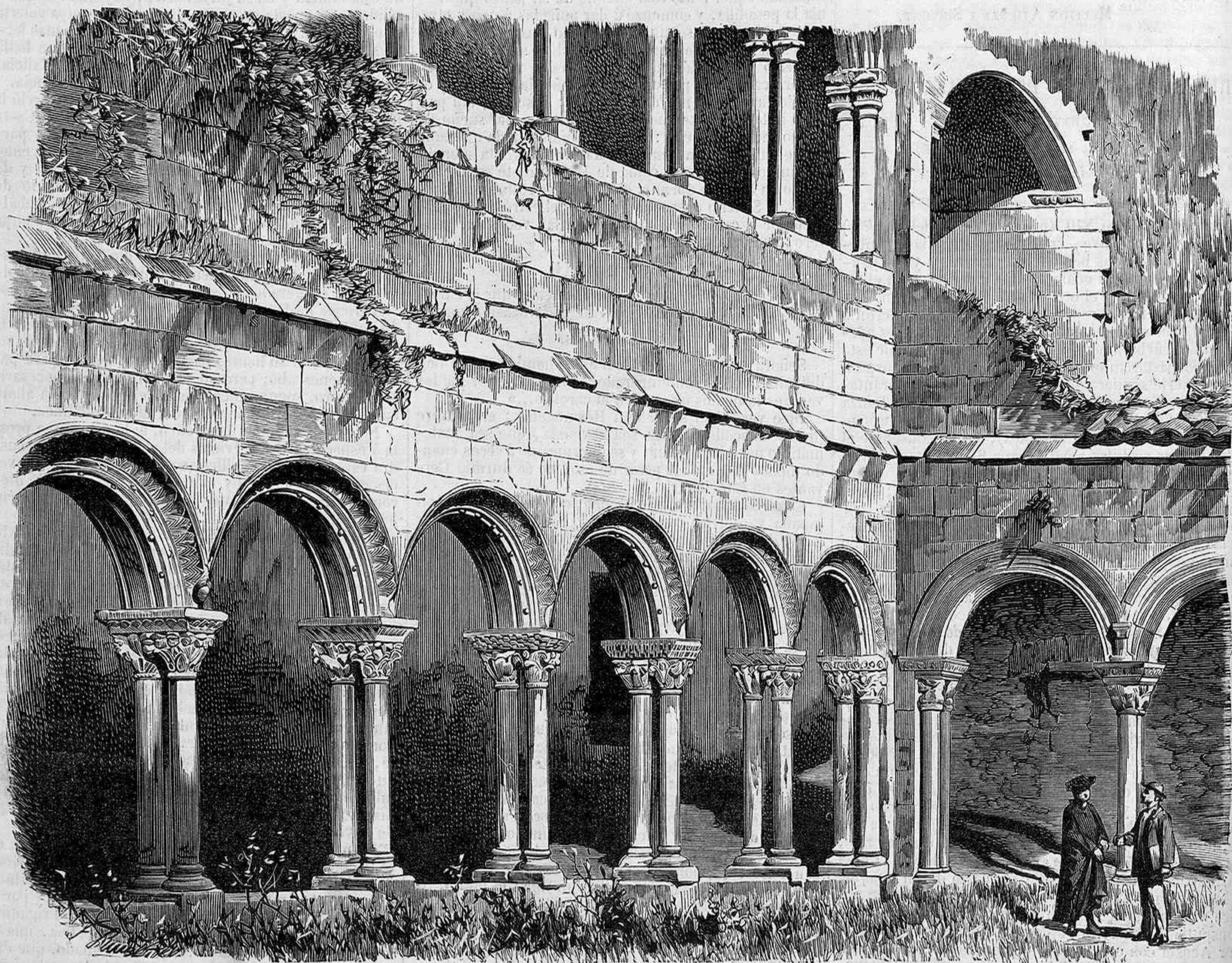
Pasando por Porto Reale entramos en el intrincado laberinto de fortificaciones que le hacen tan inaccesible al enemigo, y salimos al campo por la puerta de Santa Ana. Un pequeño rodeo por el puerto, donde el mar

estaba ya agitado por una fresca brisa que hacia que las olas se estrellaran con furia contra los puntos salientes de los muros, nos llevó á una estensa cárcel construida bajo el principio de aislamiento por un gobernador esperimentado. Los muros de esta cárcel son tan blancos y brillan tanto al sol como si fueran los de un alegre palacio; en la realidad no tienen motivo para parecer tristes; porque ningun preso ha suspirado jamás dentro de ellos. Muchos años han pasado desde que se gastó una parte del tesoro público en construir este edificio, y segun todas las probabilidades se transmitirá á la posteridad bajo el nombre que aun lleva de «locura de Bouverie.»

Media hora despues de esto, estábamos preguntando el camino que debíamos seguir á un anciano que habia salido á buscar trabajo, y que se entretenia en su viaje tocando una flauta pastoril; este anciano nos dirigió al *casal* (quinta) de Tarxian, y continuó despues tocando

la flauta del mismo modo que si un auditorio numeroso tuviera la vista fija en él, no cuidándose mas que de la agreste melodia que formaba, y completamente extraño á nosotros y al mundo entero.

Los malteses no son muy buenos, pero sí mejores que los italianos; tienen muchas cualidades buenas, la principal y mas dominante de las cuales es el amor á su patria; si en general no quieren á los ingleses, es por la altivez con que éstos los tratan. Casi todos los viajeros están conformes en decir que son gentes afables y atentos. Nuestra propia esperiencia nos hace decir que no tienen el maldito vicio de pedir siempre mas, que parece propio de todos los pueblos que habitan en los puertos del Mediterráneo. El hombre que hemos dicho, despues de enseñarnos el camino que debíamos seguir, no pidió un *pour boire*, como lo hubiera hecho un francés, ni un *qualche cosa*, como un siciliano, ni un *bakshish* como un árabe, sino que se



CLAUSTRO DEL ANTIGUO MONASTERIO DE SAN JUAN DE LAS ABADESAS, EN LAS MONTAÑAS DE CATALUÑA. (*)

fué por un lado distinto del nuestro sin cuidarse mas de nosotros.

Zeitun está á unas seis millas de Valetta; los caminos ó mas bien desfiladeros son ásperos, y nuestro carruaje de cuatro ruedas daba terribles vaivenes. Nada hay digno de notarse en el camino mas que el aspecto extraordinariamente seco y abrasado de los campos, divididos por muros de roca, la ausencia de los árboles, excepto algunas moreras mezquinas y la multitud de casales ó quintas con sus iglesias de ancha cúpula. Las cercanías de Zeitun son buenas; las calles del pueblo están limpias, aunque estrechas, y la gente choca desde luego por su apariencia de bienestar.

Nosotros íbamos á casa del señor V. que nos habia invitado á que fuéramos á verle á su pueblo, donde es comerciante y manufacturero, y allí pudimos examinar sus jardines y ver cómo ocupa á sus vecinos pobres. Le encontramos en su almacén pesando algodón para una mujer que habia venido á pedirle trabajo.

El algodón de Malta no es de primera clase, pero

sin embargo hay muy pocos países que le tengan superior y la sociedad de agricultura ha tomado toda clase de medidas para mejorarle. La simiente del algodón conocido en el comercio por el nombre de Sea-Island, ha sido sembrada en Malta con muy buen resultado y no hay duda alguna de que antes de muchos años el algodón de Malta será igual á los mejores. Despues de cogido hay que machacarle para dejarle limpio, y esta tarea es tan penosa como perjudicial á la salud, porque las partículas que se desprenden de la planta penetran en los pulmones y producen frecuentes casos de consunción; una vez ya machacado, se entrega al dueño del almacén y entonces comienza la operacion de hilarle y de tejerle. El fabricante, como le llaman, no tiene en esto mas que una parte casi pasiva. El método que se emplea es el siguiente: toda mujer que posee un torno ó rueda para hilar y que tiene lo suficiente para comprar un *rotolo* (que son 30 onzas de Malta), ó medio rotolo, ó aun una tercera parte de rotolo, de algodón crudo, hace un contrato

con el vendedor para devolversele ya hilado por un precio en que convienen. La mujer se vá entonces á su casa y despues que le ha hilado vuelve á sacar del almacén una cantidad igual á la que ha trabajado y recibe el precio de su trabajo. Hay gentes tan pobres que á veces se ven obligadas á hacer este viaje tres veces al dia. Los sábados hacen algun pequeño trabajo extraordinario para tener algo que gastar el dia que les toca de descanso.

En general los casamientos tienen lugar en Malta cuando los contrayentes son aun muy jóvenes, por lo cual antes de que las mujeres lleguen á la edad de treinta años tienen ya cinco ó seis hijos. Luego que éstos cuentan cinco años, empiezan á aprender el oficio de hilar, y cuando llegan á los ocho años, hilan tambien con una pequeña rueda como podria hacerlo una persona adulta. De este modo la madre y los hijos

(*) El artículo se publicará en uno de los próximos números.

se conducen de manera que añaden algo mas diariamente á lo que posee la familia; en general el padre tiene el mismo jornal durante todo el año, aunque en las épocas de siembra y de recoleccion, este jornal viene á aumentarse casi una mitad mas. El alimento comun de las familias pobres es la patata y el pan de trigo inferior, mezclado á veces con cebada; algunas veces prueban el vino, pero por lo regular no beben mas que agua. El comer las patatas con algunos condimentos, lo consideran como un lujo excesivo. Por Pascuas comen algo de carne, porque casi siempre tienen un cerdo, al que mantienen y ceban con bastante trabajo. Cuando el cerdo es todavía de poco tiempo, cogen bastante yerba en el campo para mantenerle, pero pronto se ven obligados á llevarle al mercado. Si se les pregunta que por qué no guardan algun dinero, contestan siempre que el cerdo es su caja de ahorros, y en efecto lo que gastan siempre con él, lo recobran á su debido tiempo en la venta. Cuando le matan sacan 10 ó 12 duros por las partes mejores y con lo demás se mantienen por espacio de una semana. Como son honrados, sóbrios é industriosos, se conducen de modo que pasan una vida tranquila y laboriosa y forman una clase de gente digna de respeto y consideracion.

En el almacen en que encontramos al señor V., vimos un gran número de sacos de algodón crudo y trabajado, como tambien un monton de lana de ovejas merinas de las que él habia llevado al pais. La lana se corta aquí antes de lavarla, porque no hay ningun rio en que pueda echarse al hacer el esquila. Vimos tambien algodón de Nankin y el llamado Sea-Island, maiz y cebada llamada de San Antonio, muy semejante al trigo. En un bonito patio cuadrado en el centro de la casa habia



DON CASTO MENDEZ-NUÑEZ, JEFE ACTUAL DE LA ESCUADRA DEL PACÍFICO.

jazmines y otras flores, y fuera en el huerto que formaba un cuadro que no tendria veinte varas, habia naranjas mandarinas y de Portugal, algodón Sea-Island, granadas, limones, pistachos, judías, higos, cardamomos, cepas y una gran variedad de árboles y plantas. En el camino, en frente de la casa, habia otro pequeño jardin, que contenia entre otras cosas, rosas de Jericó, perales, olivos, patatas, etc., etc.

Desde su jardin, en el cual tomamos un pequeño refrigerio, compuesto de vinos de Malta, Málaga y Marsala con melones de Cassabar, fuimos á uno de sus almacenes, donde algunas mujeres estaban pesando algodón ó recibiendo y pagando el hilo. La costumbre allí es atar cada fardo con una pieza de cinta encarnada que sube á una cantidad considerable en el año y que es en realidad costosa, pero no se puede escusar este adorno, porque los comerciantes de Leghorn, Civita-Vechia, etcétera, están acostumbrados á él y no quieren mirar el algodón atado de otro modo.

Despues nos llevaron por varias calles á una casa con un bonito patio pequeño; alrededor de éste una rampa con escalones conduce á un granero donde habia dos telares trabajando; en uno de ellos un hombre estaba haciendo una pieza de tela rayada para pantalones de marineró; en el otro un muchacho estaba haciendo otra para una especie de capa azul que usan los malteses. En otro punto vimos un telar con una pieza de arpillerá para velas de buques; mas allá nos mostraron una máquina hecha en Malta que hilaba algodón blanco y nankin al mismo tiempo; una mujer joven aun y de aspecto pobre, que parecia avergonzada de hacer su trabajo en presencia de extranjeros, daba vuelta á la rueda del centro de la máquina.

ANTAÑO Y OGAÑO.



—¡Las doce de la noche! No mas baile, que hemos de madrugar para ir á misa y me espera almorzar mi primo el frai'e,



—Muy temprano, Isidoro, me parece, aun no hay en el salon doce personas...
—¡Claro! como que son las dos y trece

Los detalles de la distribución anual de dinero, producida por los fabricantes de telas de algodón de Malta, son interesantes, aunque solo podemos darlos aproximadamente. Durante todos los días de trabajo del año, que pueden calcularse en trescientos la operación de machacar 9,430 quintales á razón de dos y medio diarios por cada hombre, ocupa completamente á 232 individuos que ganan un jornal que al cabo del año asciende en total á 47,250 escudos.

El hilar la misma cantidad de algodón, á razón de medio rötolo por día, ocupa á 6,400 individuos, cuyo salario anual asciende en su totalidad á 180,000 escudos.

El tejer 34,000 piezas de arpillera para velas y otras manufacturas, aunque mezclando en parte hilo inglés, ocupa unas 13,100 personas, cuyo salario anual asciende en su totalidad á 144,375 escudos. Hay también otras operaciones, como es el torcerle, etc., etc., que dan ocupación perpétua á 800 personas, cuyo salario anual asciende á 25,500 escudos. Las operaciones últimas dan trabajo á unos 58 individuos, cuyo salario al año asciende en total á 4,330 escudos. De manera que las operaciones de toda clase que se hacen con el algodón, distribuyen anualmente 401,575 escudos entre 9,000 personas, y además, 480,755 escudos van á poder de los propietarios de terrenos, como producto del algodón crudo; lo cual hace un total general de 882,330 escudos.

Malta exporta algodón crudo y trabajado á Berbería, Leghorn, Civita-Vechia, Génova, Marsella, Trieste, las islas Jónicas, Ancona, Venecia y otros puntos. Muchas de las arpilleras que se hacen en el país, se venden á varios buques, particularmente á los de Grecia que van al puerto. En otro tiempo enviaban hilo de Zeitun á Francia y á Inglaterra; pero desde que la imitación de tan importante artículo se ha llevado á la perfección, su precio ha bajado de 80 escudos que tenía en 1843 á casi la mitad de esta cantidad en 1859.

Antes de salir de allí fuimos á la iglesia, hermoso edificio sostenido por contribuciones voluntarias, y al llamado campo experimental de la Sociedad de Agricultura de Malta, donde vimos los progresos de numerosos experimentos, con el objeto de saber qué clase de vegetales crece mejor careciendo de riego. El sol tiene allí mucha fuerza, y no hay duda alguna de que si lloviera lo suficiente, la mayor parte de las plantas llegarían á la mayor prosperidad. Hasta el día, patatas comunes, batatas, maíz y varias clases de algodón, han prosperado en extremo.

Durante nuestra pequeña escursión por la isla, comprendimos que estaba en el interés del gobierno inglés animar el espíritu de industria que hay en Malta, y haciéndolo así, el exceso de población de la isla, en vez de desparramarse por todos los países y playas del Mediterráneo, se ocuparía en desarrollar la industria que ahora comienza allí. La Gran Bretaña no puede temer que Malta vaya á competir con ella en esta industria; lejos de eso, cualquiera que fuese el desarrollo de este comercio en aquel país, sería beneficioso para la Inglaterra. Además, sería muy digno para el gobierno inglés llenar los deberes de responsabilidad que ha contraído al tomar sobre sí el protectorado del pueblo maltés, y dirigir su actividad por tal camino. Cuando el gobierno inglés deje de prestar su atención esclusiva á aquella red de fortificaciones inespugnables, y á aquel puerto magnífico, para ocuparse de los intereses, de las necesidades y de los deseos de millares de almas, entonces procederá con mucha más dignidad que lo hace al presente.

A.

LOS AFICIONADOS.

(COSTUMBRES).

Hay muchos que padecen de los nervios.

Yo padezco de los aficionados.

O mejor dicho, los aficionados me hacen padecer á mí.

¿Conoceis, lectores míos, nada más insoportable que un aficionado á tocar el violín?

¡Ah! un estremecimiento de horror, me recuerda un caso tremendo.

Yo tuve un vecino: esto nada tiene de particular.

¡Pero mi vecino tenía un violín!!

Y yo andaba, comía, dormía, soñaba, estremecido siempre por los agudos chirridos de aquella máquina de Fieschi.

Cada vibración de aquel malhadado instrumento era para mí un signo de terror, como el anuncio de un terremoto.

Pero esto es poco. ¿Quién resiste á un sastre aficionado á la declamación, que lo mismo que hilvana sainetes, respuntea dramas?

Vedle convertido en el *Hombre de mundo*, ó en *Sanchito García*.

Grita, suda, manotea; estremece las tablas con sus rugidos.

No hay piedad; los asesinos no la tienen.

Se anuncia una función en un teatro casero, á beneficio del nieto de un apuntador, que ha salido soldado.

Un amigo indiscretamente benéfico nos invita á que se consume en nosotros el sacrificio.

Qué de horas de horror, de luto y desconsuelo.

Se representa *La vida es sueño* y Segismundo aparece en la escena como si viniera de entregar; y habla mas que un sastre, como si se hallara tomando medidas.

Llega el momento de arrojar por el balcón al criado. Un grito de indignación parte de todos los labios.

¡Bárbaro! esclama el pueblo. ¡Tírate tú ahora! repiñete, dando muestras de un ardor que no se sabe si proviene de indignación ó de entusiasmo.

Mas tarde se le arrojan coronas. Segismundo se convierte despues, en el Bartolo de *El amante prestado*.

El coliseo de papel, se conmueve en sus cimientos. La risa tiene también sus terremotos.

Cae el telón y el sastre, sale á la escena, donde recibe una lluvia de flores.

Y luego sale á los pasillos donde recibe un torrente de plácemes.

Y luego entra en la sala, donde le ahoga un mar de abrazos.

Y al otro día ya no habla el sastre; habla la prensa, distribuyendo en un suelto este mamejo de palabras encomiásticas.

¡Genio, gloria, arte, modestia, Guzman, aplauso, Latorre, ovación, frenesi. Loor eterno á Lucas Gomez!

Escuchad el sonoro paso de un sabio de diez y seis años, fabricado, de encargo, para ser catódrico de lenguas muertas.

Este es un aficionado al magisterio de la ciencia.

Antes de ayer nació y ya conoce los sistemas de Hegel y de Krause.

Y sabe el Sanscrito.

Y la lengua del *Abra cadabra*.

Y explica en el café de la *Perla*.

Y pretende ser sustituto en la central.

Y cuando habla nadie le entiende.

Pase el nuevo Diógenes que lleva apagado el fósforo de su linterna.

¿Y dónde me dejan ustedes los toreros de afición?

¡Qué de inmarcesibles laureles se cosechan en la venta de la tuerta!

Allí veo á un héroe embozado en un burladero y sacando con cierto rubor, la punta de un sutil pañuelo de batista.

Aquel trapo ¡horror! escita la furia de un toro de catorce meses.

El toro estornuda y el diestro quieto detrás de las tablas.

Lanzan al vicho *vichísimo* una traidora banderilla que se le clava en el dorso y el aprendiz de fiera exhala un rugido de santa indignación.

Y el diestro se sube en lo alto del burladero.

¡Oh insigne aficionado! ¡Si el mundo te contemplara!...

Pero tú eres modesto: corres y te agitas en el vacío de la soledad.

El becerro te ha descosido los pantalones. ¡Con qué serenidad enseñas la epidermis y aplicas tu pañuelo á la parte que tú supones dolorida!

El torillo jadeante y trémulo se arrellana sobre la removida arena.

Tú te conmueves de valor y te estremece hasta el aplauso de los amigos.

—¡Dadme una espada! gritas; ¡le voy á descabellar!

Pero no habiéndola á mano, te dan un revolver de seis tiros, los cuales disparas y hubieras derribado á la fiera, si antes no se tiende ella exánime en el suelo, del cual ya no se levanta mas.

¡Corta pero heroica ha sido la jornada!

Muerto el perro se acabó la rabia. Te serenas, arrancas la moña del lomo del difunto y vas á ofrecérsela á la marquesa del Susto, que presidia la función.

Enmudeced, ¡oh sombras de Pepeillo y Costillares!

Ese aficionado lleva una divisa por corbata y ostenta en su gabinete la cabeza de un toro, disecada. Por esta honra daría el mejor cuartel de su escudo ó la rama mas lozana de su árbol genealógico. Por un apretón de las manos de Cúchares, la mitad de su existencia.

—Abur, amigo, me dijo ayer uno que no lo es.

—¿Dónde se vá? le repliqué, por decirle algo, pues que no se me importaba un camino saber la contestación.

—Voy al campo. Voy al estanque de la Montaña del Príncipe Pío.

—¿A arrojarse?

—No, á pescar tenacas. Soy muy aficionado.

—¿Y se pesca mucho?

—Segun; ayer saqué tres piezas, despues de dos meses que asisto al puesto, diariamente.

Algo mas haría un diputado ministerial, dije yo para mí, y continué mi camino.

Trasladémonos á un concierto casero.

Doña Rita recibe los martes.

Me instaba mucho para que honrara sus reuniones de confianza. El martes pasado amanecí de mal humor. Miraba al cielo y me parecía oscuro; á la tierra la contemplaba cubierta con un fúnebre crespon.

Era que no tenía d'nero.

Tendí la vista sobre la mesa de mi cuarto y me fijé en unos guantes de color de canario, que había comprado la vispera.

Me horrorizaron: pensé en la muerte é inmediatamente en que era martes. Recordé que por la noche recibía doña Rita, y me dije: apuremos la copa de la desesperación.

A la hora convenida estaba en el piso 3.º de una casa de la calle del Calvario.

Conmigo se hallaban trece personas; entre ellas dos niños y una ama de cria. La concurrencia no fue grande, porque llovía.

Silencio sepulcral en la sala. De repente se levanta la señorita de Berrido. Un amigo de la casa, aficionado al piano, la conduce al templo de la gloria.

Suena un preludio y tras él el aria de la *Favorita*, desempeñada por aquella Malibran, de incógnito.

Pobre Donizetti. ¡Desventurado auditorio! ¡Atroz doña Rita! ¡Compasión para mí! ¡Noche terrible!

La aficionada desató sus pulmones de la fuerza de cuatrocientos caballos. Chillaba y yo sudaba, y ella insistía, y la reunion aplaudía, hasta que despertó el niño de tela dando atronadores alaridos.

Combinación infernal de dos gargantas y de muchos rumores, que aumentaban la confusión y el espanto.

¿Conoceis nada mas anti-sonoro y anti-melódico que los desafortunados mahullidos de dos gatos de distinto sexo, sorprendidos por otro que viene celoso y bullanguero, á completar el concertante nocturno?

Allá en la parte mas culminante de un tejado, favorecidos por las tinieblas de enero, celebran los susodichos cuadrúpedos sus saturnales. ¿Habreis escuchado mas de una vez sus infernales *spartittos*?

Pues bien; bendecid la memoria de aquellos artistas irracionales comparados con las notas disparadas de la garganta de la señorita de Berrido.

Era una aficionada al *bell* canto. Mi adverso destino disfrazado de cantatriz. La hez del cáliz de mi dolor. ¡Era el martes! ¡Eran mis guantes amarillos!

¡Pero aun faltaba mayor ignominia!

Dieron las once. La mitad de la concurrencia se disolvió.

Doña Rita, cuando quedamos solo seis personas, anunció que había té.

¡Té! exclamé yo; ¡esto mas!

Conducidos al comedor, abrigué mi estómago con tres sorbos de agua de castañas y una galleta adornada con claraboyas, fabricadas por los ratones.

Despues comenzó el baile. Como se ve, el té era *dansant* y nadie lo había sospechado.

Eramos tres mujeres, tres hombres y un anciano.

Me tocó bailar con doña Rita.

—Bailo de afición, me dijo mi pareja.

Yo no la pude contestar. Los movimientos de rotación de mi cuerpo, impulsados por la humanidad de doña Rita, trabaron mi lengua, turbaron mi cerebro.

En el piano resonaba un ruido semejante al de la rueda de un molino de aceite.—¿Qué es esto? pregunté atolondrado.

—Polka, me contestó doña Rita, empujando el codo izquierdo, por elegancia, y sin dejar de dar traspieses, como si el té se la hubiera subido á la cabeza.

Todos dejaron de bailar prorumpiendo en atronadoras carcajadas. Yo pretendí hacer lo mismo, deseoso de conocer el motivo de aquella algarabía salvaje, pero no pude; los brazos de mi pareja me sujetaban á manera de manubrios. Mi cuerpo se hallaba desvencijado: ya iba á sucumbir asfixiado, cuando el pianista suspendió la música. Doña Rita se desasí de mi flexible cuerpo y faltó éste de apoyo, caí cuan largo soy sobre la modesta estera de cordelillo.

Al volver en mí comprendí toda la inmensidad de mi desgracia. Con el sudor de doña Rita se me habían desteñido los guantes de color de canario, y á ella la tela encarnada de su vestido, que sin duda era teñido. Yo me había llevado la mano derecha á la frente varias veces, embadurnándome el rostro con los colores de mis guantes y del vestido de doña Rita.

Esta me dijo al verme limpio y calmado ya:

—Lo conozco; bailo de afición y le he dado á usted un mal rato.

Yo renegué una vez mas de los aficionados, y huí á esconder mi vergüenza entre las sinuosidades de mi lecho.

Hablemos ahora del aficionado á la política. Este es hijo de un consejero de Estado y habla de afición en la *Academia legislativa de la aurora boreal*. Ayer recibió la investidura de doctor en jurisprudencia; en su discurso descubrió su afición á ser candidato y luego diputado á Córtes.

Papá ha sido nombrado senador, por hallarse comprendido en la condición 397 del artículo 498, título 399 de no sé qué Constitución, y como cuenta con las simpatías del gobierno en el distrito H, y además ha adquirido en él una fortuna de bienes nacionales, se dirige á su hijo único, en estos términos:

—Hijo, es menester que pienses en algo; no tienes afición á nada útil: ensáyate, preséntate; yo te presento. El ministro telegrafiará; el gobernador dirá que sí; los electores no dirán que nó. Hijo, vas á ser mi padre, porque yo formo parte de la patria y tú vas á ser el padre de ella.

Y el niño se aficiona al fin y gasta ocho ó diez mil reales en pagar piensos para sus electores y en tapar algunos descubiertos en que se hallaba con la Administración de Hacienda de la provincia, y el acta viene, y se aprueba el acta, porque las doscientas protestas que traía se discutieron al empezarse la sesión.

Al otro día el joven aficionado jura y toma asiento y vota con la mayoría.

Al mes vota en contra y pronuncia discursos sobre marina, sobre hacienda y sobre las cuestiones de ultramar, y pertenece á diez comisiones y combate las actas de cuantos aficionados se presentan, y le cuelgan una encomienda y funda el periódico *La Independencia*.

Ved al aficionado á la política convertido en periodista de afición. Allí agota los giros, los términos y las frases de cajón, inventadas para la prensa.

La *legalidad existente*, el *turno pacífico de los partidos*, la *abstención*, el *dualismo*, el *lecho de Procasto*, la *espada de Damocles*, la *salud de la patria*, *irisum tenentis!*

Se estira, se engríe, porque otro diario ha copiado un artículo suyo, calificándole de notable; se lanza á la calle, al paseo, al teatro, en busca de plácemes y conquistas; la vida le sonríe.

Habla con una dama, la cual se queja del polvo que hay en paseo, y mi héroe esclama:

—Déjelo usted, yo daré una paliza en el periódico al alcalde-corregidor.

Un amigo se lamenta de que en el ministerio no le despachan tal ó cual expediente, y el aficionado le dice:

—En el número de mañana publicaré un suelto contra la Administración pública de este desgraciado país. Su mamá esclama, al volver á casa de una visita.

—Hijo, en la acera de esta calle hay una losa levantada, y por poco me caigo.

Suelto contra todas las aceras de Madrid.

Le escriben del distrito que no reciben con puntualidad el correo.

Suelto contra los correos de España é islas adyacentes.

Se le queja su novia de que en el teatro Real no dan variedad á las óperas.

Suelto contra la empresa, pero muy suave, para que no retiren la bufaca.

Que llueve demasiado.

Suelto. Que hace mucho calor.

Suelto tambien.

Sueltos para todo. Plumadas estériles; voces perdidas en la inmensidad de las altas regiones, donde á todo se atiende menos á la prensa, que no acierta á hacerse oír.

¡Sueltos, sueltos! Gacetillas á los autores amigos. Artículos laudatorios á los que escriban peores libros con tal de que manden un ejemplar. Reclamos, sin número, para el tendero de casa, para la planchadora del aficionado y para el peluquero del director de nuestro periódico.

A los desconocidos severidad, rigor... *independencia*.

Aun restan muchos aficionados que relatar. A los empleos: el que tiene rentas y admite un destino de seis mil reales. A la literatura: el que escribe gratis en los periódicos porque se le ponga en la lista de los colaboradores, hasta que el editor comprende que estos genios en embrión cuestan mas caros que los que exigen la recompensa de su trabajo.

Quédense, pues, en el tintero para otro día, otros muchos tipos en que abunda nuestra sociedad, y conste que los aficionados ofrecen larga materia para ser descritos con rasgos mas felices que los que brotan de mi pluma.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

LOS VIENTOS.

BOCETO DE UN POEMA.

A orillas del mar.

Es alta noche, y con atento oído te escucho rebramar, ¿qué me dice, tu lúgubre gemido? ¿De qué te quejas, mar?

Lo mismo que en la vida, en tus espumas calma y tormenta hallé; los dos teneis por horizonte brumas, ¿y en vuestro fondo, qué?

Risas de gozo, fúnebres lamentos, olas que yo bebí, ¿qué sois? acaso lo sabrán los vientos que ruedan sobre mí.

EL AURA.

Me daermo en el capullo de las flores, y acricio la sien de las doncellas; soy el perfume de la vida humana, ¡soy la inocencia!

Corona de mi frente es el rocío que esmalta la pradera; la dulce inspiración doy al artista, los lauros al poeta.

Entre nubes de nácar y de rosa tengo morada régia, y cuando alienta un ángel en el cielo desciendo yo á la tierra.

LA BRISA.

Vaga, impalpable, leve como el tranquilo arrullo que el labio de la madre prodiga á su rapaz. Yo doy á los arroyos el plácido murmullo, y animo de las selvas la augusta soledad.

En mí busca consuelo quien de pesar suspira, del alma que combate yo templo el ciego ardor: Yo soy cuanto florece, yo soy cuanto respira, mi templo es el espacio, mi símbolo el amor.

LOS CÉFIROS.

Las ilusiones somos que el alma llenan, y forman el encanto de la existencia. Lazo de flores, que la ventura ahoga cuando se rompe.

Gloria, dicha, fortuna, fe y esperanza escondidos llevamos en nuestras alas. Y en torno de ellas los ángeles del sueño revolotean.

EL VENDABAL.

Cuando llega el otoño, y la pradera de su matiz despoja, yo soy quien llevo en rápida carrera la última hoja.

Cuando el mortal feliz contempla en calma correr año tras año, yo soy quien en el fondo de su alma engendra el desengaño.

Nada hay que para mí sagrado sea, nadie que en mí no espere; so'o acato un poder; el de la idea que cual yo, nunca muere.

EL HURACAN.

Sobre los mundos paso, y los conmuevo; mi voz es el aliento de Luzbel; en mis entrañas la venganza llevo, soy mensajero de él.

¡Conmigo van el luto y el espanto, yo nací de la furia y el error; mi placer es el mal; mi herencia el llanto, mi nombre es el dolor!

LA CALMA.

¡Soy la hiedra trepadora que vive abrazada al muro, soy lo que un rayo de aurora para el horizonte oscuro; aquel perfume divino que se siente y no se ve. Madre soy de la ventura, bálsamo de toda herida, puerto de entrada segura cuando incierta va la vida por los mares del destino... soy la calma, soy la FE!

Cádiz. 1866.

MANUEL DEL PALACIO.

RUINAS.

(CONTINUACION.)

Mucho tiempo hacia que había pasado la moda del alto tupé, de las almidonadas y blancas pañoletas, y del zapatito bordado de lentejuelas y alto y encarnado tacon; pero pareciéndole este atavío á doña Isabel el

mas digno y mas apropiado á una verdadera señora, como ella solia decir, no quiso abandonar jamás aquella moda de su juventud que tan buenos tiempos le recordaba, y con la cual había robado tantos y tantos corazones.

Imagínese, pues, el lector á esta ruina viviente, pero ruina perfectamente erguida y conservada á pesar de sus setenta y tantos del pico, con un vestido de antigua muselina blanca (era á la entrada del otoño), salpicada de florecitas color de romero, manga corta hasta mas arriba del codo, descubriendo un brazo gordo, torneado, blanco como la nieve y formando oyuelos, pañoleta planchada y limpia, muy abollada hácia el pecho, y oliendo á espliego y á cáscara de naranja que nada, largos pendientes, gran aderezo, zapatos de raso azul ajados por la acción del tiempo, pero bien conservados todavía para que pudiese conocerse algo de su antiguo esplendor, y sobre todo, el alto tupé encaramado sobre una frente noble, espaciosa y surcada de algunas arrugas que la coqueta anciana procuraba ocultar con dos soberbios rizos que dejaba caer sobre ellas.

Todo el traje era transparente de puro viejo, pero tan limpio y tan conservado á fuerza de cuidado, como la que lo vestía.

Así es que el efecto que hubiera causado aquella noble dama, vista á la luz de la luna, hubiera sido sorprendente, si una circunstancia, en quien de seguro nadie pensara, no impidiese contemplarla de lleno en toda su magestad.

Doña Isabel tenia un paraguas de la misma especie que el leviton de don Braulio, paraguas de aquellos tiempos en que los paraguas se hacian para impedir el que uno se mojara.

El paraguas de doña Isabel, con su color de grana, parecia un convoy á lo lejos, un globo partido por la mitad y conducido por unas piernas vestidas con faldas; porque doña Isabel venia sepultada hasta medio cuerpo en la enorme concavidad de su paraguas monstruo.

Y no es que lloviese, porque como hemos dicho, cuando los tres amigos paseaban por alguna carretera, era en las noches calurosas, y cuando hacia luna clara como el día. Pero una de las particularidades que distinguian á doña Isabel, era el no abandonar nunca su paraguas, así como otras no abandonan el abanico, aunque las mismas piedras tiriten de frio, y cada paso ponía en servicio la gran mole como si fuese un granito de anís.

Nunca se movía, especialmente por la noche, sin llevar abierto el paraguas, porque segun aseguraba, le hacia mucho daño el relente, y esta circunstancia unida al alto tupé, á los dos bucles caidos indefectiblemente sobre la pálida frente de la anciana, y al gran gato Florindo su compañero, hacian el mismo efecto en las gentes de la villa, que el pleito y la dignidad inmutable del rubio Montenegro.

Juntos la anciana, el hidalgo y el comerciante, formaban un precioso mosaico, un espectáculo digno de ser observado, sobre todo, cuando caminando cada uno con la parsimonia que le era propia, comian nueces ó castañas al compás de la agradable conversacion con que solian deleitarse.

Alejados en cierto modo del resto de los hombres por sus ideas particulares, formaban reunidos un triunvirato extraño, y de un estudio curioso. Diferentes entre sí, se entendían, sin embargo, y se buscaban llamándose amigos. Cada cual hablaba de lo que le importaba sin temor á que el otro se enfadase de oírlo, apareciendo en medio del mundo que habitaban, como un cuadro en el que cada figura es un tipo, pero que solo juntas hacen una buena composicion.

Hé aquí generalmente el tema de sus conversaciones.

El hidalgo. ¿Cómo vamos de salud, doña Isabel?

Doña Isabel. Gracias al Señor, sigo con mi buena estrella. Siempre fuerte de cuerpo y de espíritu. ¿Y su madre de usted, mi amigo, y el pleito?

El hidalgo. Adelanto, adelanto en mis estudios, y pronto regalaré á esas gentes de lo lindo. Mi buena madre trabaja como siempre, y no hago mas que pensar qué doncella elegiré para servirla, tan pronto como me halle en posesion de mis bienes. Mi señora madre necesita esclusivamente para ella tres criadas; por mi parte me contentaré con dos para mi servicio particular.

Doña Isabel. Para el rango de un noble como usted, no me parecen bastantes todavía; en nuestra casa habia diez.

El hidalgo. Lo pensaré... pero... y ¿Florindo? ¿Ha jugado hoy mucho?

Doña Isabel. Muclísimo; es un niño mal criado, y me ha perdido una babucha. Sin duda la ha puesto de tapadera al agujero de un raton. ¡Pobre animalito! ¿Quiere usted creer que ayer quedó á solas con las truchas que me regaló mi hermano, y ni siquiera se acercó á ellas?

El hidalgo. Es una verdadera maravilla ese gato. (Don Braulio entrando.)

Don Braulio. ¡Qué mundo este! ¡qué pícaro mundo! Señora, el mundo no se compone mas que de avaros; el que ha agarrado una moneda, no la suelta ni por un ojo de la cara. Cada vecino observa al otro con el rabo



GRABADOS DE LAS OBRAS DE CERVANTES..

del ojo, para ver de contarle los cuartos de su mostrador, mientras esconde los suyos porque un tercero no vaya á contárselos á su vez. Yo no ocultaba á nadie mis tesoros cuando era rico, y sin embargo, aun cuando todo el mundo los contase y recontase, no disminuían, y si he venido á menos ha sido únicamente porque las felicidades y la fortuna de los hombres, son perecederas y se asemejan al mar en lo de bajar y subir.

Doña Isabel. ¿Pero usted no comprende que los hombres no han nacido todos con unas mismas inclinaciones? Hé aquí que á mí me critican porque gasto tupé, mientras las pobres mujeres del día se creen muy bellas con sus peinados aplastados sobre la frente, cuando parecen monas... ¡Válgame Dios! pero yo sigo en mis trece, y no me enoja al ver esas infelices, víctimas del mal gusto de una moda plebeya, si así puede decirse; únicamente las compadezco, porque ésta, don Braulio, es la venganza de las almas nobles, así compadezca usted también á los avaros.

Don Braulio. ¡Si no fueran tantos!

El hidalgo. Compadézcalos usted, que también yo compadezco muchas veces á mis usurpadores, cosa que ellos, ¡desgraciados! no saben hacer conmigo; pero en algo habíamos de diferenciarnos. Y esto, todo el mundo lo comprende; la distancia que media entre nosotros es inmensa ¿no es verdad, don Braulio? Por do quiera que yo vaya, ¿no se comprenderá que, pese á la suerte, soy un noble caballero? ¿Qué dicen por ahí de mí?

Don Braulio. ¿Qué han de decir, mi amigo? que los pobres son pobres, y los ricos ricos. En vez de compadecer á sus usurpadores, debe usted procurar derrotarlos, y este método surtirá muy buen efecto. Yo solo compadezco á los pobres y á los desgraciados.

Tal era comunmente el círculo vicioso en que giraba la conversacion de los tres amigos, y que la anciana sabia salpicar muchas veces de chistes y ocurrencias que siempre tenían por objeto satirizar el poquisimo tono y la descocada gracia de las damas del día.

Por lo demás, cuando en su presencia se hablaba de alguno de sus preferidos amigos, jamás dejaba de defenderlos con toda la energía de su carácter, que no era poca. Si se trataba de Montenegro, solía decir con saña en presencia de muchas gentes quisquillosas, que pobre como era el hidalgo, valía infinitamente mas que algunos que se llamaban tales, y cuya noble progenie no tenía siquiera el tiempo de un muchacho cuando echa los últimos dientes. Montenegro correspondía á esta apología de que se creía digno, asegurando que la anciana debía haber sido la mujer mas bella y donairoso de su tiempo, la mas fina y de talento mas aventajado, y que aun en el día conservaba parte de sus encantos venciendo á las bellezas modernas. Y la antigua dama tampoco dejaba de encontrar parecido en este retrato, si bien perdonaba en él algunas faltas de detalle, comprendiendo que los años habian borrado los mas preciosos, no pudiendo ya ver de ellas el joven Montenegro, mas que una débil sombra; él no tenía la culpa.

Respecto al comerciante, ni doña Isabel, ni Montenegro, en su calidad de aristócratas, podían elevarle al rango de los mas nobles caballeros, porque al fin no había sido mas que un comerciante; pero en cambio aseguraban ambos do quiera se encontrasen, que don Braulio entre los hombres de su especie no lo había mas honrado ni mas bondadoso en el mundo: que su generosidad se asemejaba á la de los mas grandes señores; su caridad á la de los santos patriarcas, y que su filosofía, en fin, era mayor que la de muchos sabios.

¿Diremos que don Braulio era indiferente á todas estas alabanzas que franca y sinceramente le prodiga-

ban sus únicos y buenos amigos? No nos atrevemos á tanto, pero si añadiremos que jamás se había parado, con conocimiento de su razon, en cosas de nobleza ni otras vanidades. Daba buenamente á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César, y á cada hijo de vecino lo que le parecia de su deber, sin cuidarse de sí mismo, de quien, sin que se diese cuenta de ello, se hallaba completamente satisfecho.

Así no acordándose siquiera que sus nobles amigos le hacían descender en la escala social, de la altura á que ellos se encontraban, como le concedían al mismo tiempo su mayor estimacion y amistad, no vacilaba nunca en decir que aparte de sus aprensiones y rarezas eran las personas mas dignas de estimacion que existían en la villa.

Y no se extrañe el lector al ver que don Braulio hablaba de las aprensiones y rarezas de sus amigos, porque éstos le pagaban en la misma moneda.

Dice el refran: «Vemos la paja en el ojo ajeno, y no vemos la viga en el nuestro.» Tal es el mundo, y por eso don Braulio, doña Isabel y Montenegro, al mirarse alguna vez al soslayo, cada cual se permitía allá para sus adentros una leve murmuracion sobre su vecino, sin sentir el mas pequeño remordimiento respecto de sí mismo. Pero sin que esto impidiese el mutuo aprecio de aquellos tres seres que se buscaban y se encontraban en todas partes, á quienes el mundo señalaba con el dedo, y recibía en su seno como despojos inútiles venidos de un mundo que no era el suyo.

Pero es lo cierto, que como la sociedad no puede soportar por largo tiempo sin desecharlo, aquello que no comprende, se acercaba el día en que las ruinas vivientes de aquella villa, única en su género, iban á pesar demasiado sobre la tierra que los sostenía.

La anciana señora tenía demasiados años, Montenegro demasiada ambicion, don Braulio demasiado genio, y todos tres demasiada miseria.

¿Acaso el universo ha sido creado para esas plantas parásitas, para esos seres que parecen salir siempre de tono y sobrar en todas partes?

Dudoso lo juzgan muchas gentes honradas á quienes la Providencia ha dado (sin duda por secretos fines) apariencias de hombres, y una fortuna que les sirve de abrigo contra la inclemencia de la desgracia que acá, para el corto entendimiento de los interesados en la materia, solo debía perseguir á los brutos, porque como suelen decir que la desgracia aguza el ingenio, sería el justo medio de corregir millares de hipopótamos, cuya existencia ¡quiera el cielo que no ofendamos á esos que se dicen hermanos nuestros, haciendo esta declaracion! casi nos parece un crimen digno de la pena capital.

Pero hé aquí ¡oh humanidad! que los brutos triunfan... ¡Ellos, Dios mio! y confiados en su buena estrella, se burlan de todo lo creado, menos de la fortuna bienhechora que cobija su inocencia. Viven, comen, engordan y creen que el que no es sólidamente estúpido como ellos, no tiene derecho á comer ni engordar. ¡Oh! ¡misterios indescifrables y recónditos! ¿para qué han venido al mundo los brutos? Sabios, resolver este problema que debe tener alguna conexión con los animalitos asquerosos y dañinos creados para probar la paciencia del hombre.

En la célebre villa á que aludimos había muchos de esos seres voluminosos y respetables que hallan lugar en todas partes, á pesar del gran espacio que ocupan, y de que, con sus anchas fauces y respiracion fuerte y anhelosa, parecen querer solo para sí todo el aire que encierra el recinto en donde se encuentran.

A ninguno de estos seres, sin embargo, se atrevían á decirles:—Caballero, ó no caballero, usted absorbe mas oxígeno del que conviene á nuestros pulmones;

usted ocupa mas lugar del que corresponde á una persona racional y de dimensiones bien proporcionadas Vaya usted, pues, con la música á otra parte.—

Pero en cambio, poco faltaba á veces para que, con la menos urbanidad posible, hablasen de este modo á los tres personajes de este cuadro.—Ustedes son demasiado transparentes, demasiado *poca cosa*, para poder andar sólidamente por donde nosotros andamos. Aves sin pluma; agáchense cada una en su nido, y déjense morir sin salir á la luz del día, que es vergüenza lucir las carnes desnudas en donde todos las traen cubiertas, siquiera sea con el manto bien holgado de la desvergüenza.—

Nadie podía negar, sin embargo, que aparte de sus manías, los tres personajes en cuestion de buenos se caían á pedazos, y que por buenos se hallaban en aquel estado miserable, que tanto pábulo daba á las murmuraciones de los honrados vecinos de la villa, contra los cuales no había que oponer ciertamente ninguna queja de despilfarro ó de extravío.

(Se concluirá.)

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

OBRAS DE CERVANTES

NOVÍSIMA EDICION.

ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TESTO.

Y LAMINAS SUELTAS

Publicadas ya la *Galatea* y la *Gitanilla*, se están repartiendo las entregas 8 á 11, en la cual concluye *El amante liberal*. La obra entera, que la compondrán 36 entregas, podrán adquirirla por 30 rs. los suscritores al *Quijote ilustrado*.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Mas vale ser cabeza de raton que cola de leon.



AVISO.

Segun las condiciones establecidas, á los suscritores de el MUSEO UNIVERSAL que optaron por la *Historia de España*, se les remite con este número el tomo segundo.

A los suscritores de la *Santa Biblia*, se les remite el tomo segundo y á los que lo son al *Nuevo Viajero Universal*, se les remite el tomo segundo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR.
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADR D, PRÍNCIPE, 4.

á gritar ¡Was Zelaja Coi Sarani! hé aquí la langosta. Al mismo tiempo una oscuridad profunda los envuelve, los caballos tártaros lanzados al escape se encabritan espantan y se desbocan, y el inmenso remolino en que se aglomeran las langostas al levantar el vuelo produce un estruendo horroroso. Los viajeros habían interrumpido el descanso y la siesta de estos insectos. Sus apinadas masas estaban tan compactas y espesas que no pudiendo elevarse de una vez, el carruaje rodó por largo trecho hundiendo hasta los cubos en esta masa viviente. El mencionado viajero confiesa que todo lo que había leído acerca de estas grandes legiones lo había creído exagerado, mas habiéndolo observado por sí mismo, no dudaba ya en afirmar que la mas espantosa plaga que puede sobrevenir á un país es la invasion de estos terribles insectos.

Aunque aun pudiéramos enumerar otros muchos ejemplos de este azote tristemente célebre, terminaremos estos ligeros apuntes históricos refiriendo una invasion acaecida recientemente en el Senegal tal cual no la recuerdan los habitantes de aquel país. El 19 de noviembre de 1864 el vapor *Archimede* fondeado en el río en frente del plantío de Taoney, con el gobernador á bordo presencié un espectáculo de los mas extraordinarios. Una nube de langostas que marchaba en direccion del Oeste al Este, por la orilla izquierda del río, y próxima á tierra, ocultaba completamente todo el país como un espeso cortinaje; volaban con la velocidad de seis kilómetros por hora próximamente; estuvieron pasando desde la mañana hasta la puesta del sol, lo que supone una columna de quince leguas de longitud por lo menos, pero como al ponerse el sol la nube que aun se distinguía en el Oeste era infinitamente mucho mas fuerte que durante el día, puede decirse que la que había pasado ya solo era una débil vanguardia. Los negros que se dedicaban á la labranza, estaban consternados y esta invasion únicamente se puede comparar con otra que allá en tiempos antiguos destruyó y taló el Africa y que segun San Agustin habiendo sido arrojadas al mar por la fuerza de los vientos y perecido en él, devueltas á las orillas los efluvios pútridos desprendidos de esta inmensa masa de cadáveres, dió lugar á una peste que afligió la Numidia y causó la muerte á una poblacion de 800,000 personas.

El adjunto grabado nos puede servir para formar idea de lo que es una invasion de langosta adventicia ó emigrante, si bien á semejanza de todos los grandes espectáculos que nos presenta la naturaleza, éste, por lo que tiene de imponente y desconsolador, se necesita presenciarlo para poder admirar hasta dónde puede llegar su prodigioso número y los grandes estragos que ocasionan en los países cultivados. Así es únicamente como no tomaremos por exageradas sus descripciones, y nos convenceremos desgraciadamente de que estas invasiones son mucho peores que el mismo cólera morbo ó otra enfermedad epidémica, puesto que estas últimas, si bien diezman las poblaciones, se las reconoce por fin un término, un marcado período de descenso; mas la langosta, sobre devastar á hecho todo cuanto encuentra en su tránsito, no hay esperanza de que termine sus destrozos mientras tenga donde poderlos ejercitar, y los lleva consigo hasta los últimos instantes de su existencia, legando á sus descendientes las mismas costumbres, y por consiguiente reproduciéndose con ellos las mismas calamitosas devastaciones.

La fecundidad de estos insectos corre pareja con su voracidad; mas no conociéndose bien todas sus costumbres, aun no se ha podido explicar satisfactoriamente en qué consiste, en ciertas y determinadas circunstancias, el crecido número y la casi improvisada aparicion con que se nos presentan dichos insectos. Con todo, es necesario tener presente que tanto los individuos del género *acridium*, como los del género *locusta*, son infinitamente mas fecundos que lo que han creído nuestros célebres agrónomos y naturalistas Bowles, Alvarez, Guerra y otros escritores que han sido testigos presenciales en el siglo pasado y en el presente de las invasiones y talas acaecidas en Estremadura y en la Mancha. Invasiones que han sido de gran consideracion, pues como dice el último de los autores citados, refiriéndose á una de las que presencié y estudié por sí mismo. «El insecto crecía, devoraba las mieses, haciendo con sus quijadas un ruido parecido al del granizo, y después de la muda tomaba vuelo y salía á buscar un sitio cómodo en que devorar, formando una triste y parda nube que ocultaba el sol por algunos minutos, y cubriendo completamente la tierra donde reposaba.» Mas adelante, y con el objeto de resolver el interesante problema de la fecundacion de estos insectos, y por consiguiente del origen de su copiosísimo número, se propone asimismo el siguiente tema: ¿De dónde viene el inmenso número de langostas que se deja ver en años en que ni le hacia temer la plaga del anterior? Es verdad que se multiplican mucho; pero no tanto como puede creerse. Cada hembra pone cosa de cien huevos que, en el caso difícil de conservarse todos, darian nacimiento á 100 langostillas. Pero el número de machos es mas superior al de las hembras: suponiendo, pues, que sea doble, será preciso que este año haya 3,000 langostas, para que las 1,000 hembras puedan poner para el año que viene 100,000 huevos, que producirian nada mas que

33,000 hembras. Este número parecerá prodigioso á los que no han visto esta plaga; pero á los que la hemos visto, este número nos parece insignificante. Con efecto, ¿qué son 33,000 hembras de langosta? ¿Qué son 100,000 langostas entre machos y hembras, cuando entran por millones las que se destruyen cuando abundan, sin que siquiera se note la falta de las que mueren? De esta manera el señor Alvarez Guerra opina que las posturas de los canutos quedan depositadas en la tierra por dos ó tres años, esperando una época favorable en que se aviven todos ó por lo menos la mayor parte de ellos, y que en los demás años solo se avivan un corto número, pero suficiente para ir aumentando la cantidad de canutos.

(Se continuará).

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

LA TIERRA ANTES DEL DILUVIO.

El aspecto y la contemplacion de la naturaleza hace nacer en nosotros un deseo vehemente de comprender cómo se ha formado un árbol, de qué se compone una flor, cuál es la disposicion de los órganos de los animales y hasta qué punto llega la perfeccion de las formas cristalinas de los minerales, pero nuestro deseo mas ardiente es el conocer la historia de nuestro globo, de la tierra que habitamos y que ha debido pasar por diferentes períodos geológicos hasta llegar al estado en que se encuentra hoy. No hay nada que eleve mas nuestro espíritu ni que nos sirva de mayor instruccion que el estudio de estos fenómenos nuevos, desconocidos y prodigiosos que con tanta frecuencia nos presenta la naturaleza. En realidad las verdades incontestables que este estudio nos pone de manifiesto no son tan difíciles de comprender ni exigen tampoco un trabajo que sea excesivo para nuestro entendimiento.

Diferentes especies de animales que en otro tiempo poblaban el mundo se han estinguido ya; ha habido razas que han desaparecido completamente como los individuos aislados. El Dios Omnipotente que crió plantas y animales ha querido que la duracion de la existencia de las especies sobre la superficie de la tierra fuese limitada como la vida de los individuos. No necesitaba para que desapareciesen que se trastornasen los elementos, ni que concurriesen á ello los fuegos unidos del cielo y de la tierra. Segun el designio del Todopoderoso, las razas que han vivido cierto tiempo sobre la tierra han abierto el camino para otras razas, muchas veces de mayor perfeccion en cuanto al conjunto de su organizacion. Nosotros vemos la obra de la creacion perfeccionándose incesantemente en manos del ser que dijo: «antes de que el mundo existiera, existia yo,» y la belleza siempre creciente de la obra nos impele á adorar al artífice.

El tiempo que medió desde el caos hasta el diluvio es un espacio demasiado grande en efecto para imponer aun á la imaginacion mas viva é infatigable. Sin embargo dividiendo este espacio en épocas ilustradas cada una de ellas con pruebas auténticas que se han hallado y por restos que se han conservado hasta el día, se adquiere una nocion clara y distinta de los cambios que ocurrieron durante las edades pasadas.

En realidad no hay una línea marcada que diferencie un período de otro en la naturaleza. El cambio habrá sido probablemente gradual é insensible; la dificultad de echar una línea de demarcacion entre diferentes sistemas es suficiente para desterrar la idea que se ha sostenido á veces de que la fauna especial se aniquilaba y creaba en la masa al terminar cada una de las épocas. Entonces como ahora no termina ninguna; cada época desaparece silenciosamente en la que le sigue y con ella acaban los animales que le pertenecen, del mismo modo que los hemos visto desaparecer de nuestra fauna casi en nuestros propios tiempos.

La duracion de estos períodos puede calcularse vagamente por las enormes acumulaciones hechas durante su continuidad. Así el período terciario se cerró por los elefantes gigantes (los mammoths), que eran mucho mayores que las especies que viven en el día y que probablemente anunciaron el período siguiente. Su número debió ser enorme pues solo en la costa de Norfolk los pescadores que buscaban ostras sacaron dos mil dientes de dichos animales desde 1820 hasta 1833. Considerando cuán lentamente se multiplican estos pedazos de marfil debemos suponer que necesitaron varios siglos para su produccion.

La forma general del mammoth se conoce ya en el día; era mayor por su corpulencia que los elefantes de los trópicos, pues tenia de diez y seis á diez y ocho pies de alto, sus monstruosos colmillos tenian doce ó trece pies de largo y se encorbaban en semicírculo. Se sabe con certeza que se hallaba cubierto de un pelo largo y crespo y que una crin espesa flotaba en su cuello y á lo largo de su espina dorsal; su trompa se asemejaba á la de un elefante indio; su cuerpo era pesado y sus patas eran comparativamente mas cortas que las de este último animal, con el que sin embargo tenia mucha semejanza por sus hábitos. Blumenbach le da el nombre específico de *elephas primogenius*.

La casualidad ha hecho descubrir en todas las edades y en casi todos los países huesos fósiles de elefantes que se hallaban á cierta profundidad del suelo, y como algunos huesos de elefante tienen una ligera semejanza con los del hombre, muchas veces se han tomado por huesos humanos. En los primeros tiempos históricos estos grandes huesos descubiertos por casualidad han pasado como pertenecientes á algun héroe ó semidiós; posteriormente se han considerado como de gigantes.

Estos huesos de elefantes están esparcidos estensamente no solo en Europa sino en casi todo el mundo; en Escandinavia, en Grecia, en España, en Italia y en Africa. En el Nuevo Mundo se han hallado y se continúa hallando aun colmillos y huesos de mammoth. Lo mas singular es que estos restos existen mas especialmente en el Norte de Europa, en las heladas regiones de la Siberia que son de todo punto inhabitables para el elefante de nuestros días. Cada año en la estación del deshielo los grandes ríos que descienden al Océano Glacial arrastran con sus aguas pedazos de sus orillas y esponen á la vista los huesos sepultados en aquel terreno y en las escavaciones hechas por las aguas que corren con ímpetu.

La Nueva Siberia y la isla de Lackon no son por la mayor parte mas que una aglomeracion de arena, hielo y dientes de elefantes. En cada tempestad el mar arroja en tierra pedazos de colmillos de mammoths y los habitantes de estos países hacen un comercio lucrativo con el marfil fósil arrojado por las olas. Durante el verano innumerables barcas de pescadores dirigen su curso á esta isla de huesos y en el invierno caravanas inmensas emprenden el mismo camino con un gran número de trineos tirados por perros y vuelven cargados con colmillos de mammoths, cada uno de los cuales pesa de ciento cincuenta á doscientas libras. El marfil fósil que se encuentra así en el Norte helado se lleva á la China y se trae tambien á Europa, empleándole para los mismos objetos que el marfil ordinario que suministran como sabemos los elefantes é hipopótamos de Africa y de Asia. Los puntos que hemos citado han servido tambien como una especie de depósito de este precioso material para esportar á la China durante quinientos años, pero la cantidad que hay en tan extrañas minas no parece haber disminuido. ¿Qué número de generaciones acumuladas representa esta profusion de colmillos y de huesos diversos!

En Rusia fue donde el elefante fósil recibió el nombre de mammoth y sus colmillos el de cuernos de mammoth. Pallas afirma que este nombre proviene de la palabra *mamma*, que en tártaro significa tierra. La leyenda dice que el mammoth no podía soportar la luz y murió cuando se le espuso á ella. Segun otros autores el nombre viene de la palabra árabe *behemot*, que en el libro de Job se emplea para designar un animal desconocido ó del epíteto *mehemot* que los árabes acostumbran á usar como adición al nombre de elefante cuando éste es de un tamaño demasiado grande.

El punto de Europa en que se han hallado en mayor número es en el valle superior del Arno. Allí se encuentra por decirlo así, un cementerio de elefantes. Sus huesos eran tan comunes en el valle en otro tiempo, que los campesinos los empleaban indistintamente con piedras para construir casas y cercados. Sin embargo desde que han sabido el valor que tienen los reservan para vendérselos á los viajeros. Es muy extraño que la India Oriental, una de las dos regiones en que hay ahora elefantes, sea el único país en que no se han encontrado sus huesos fósiles pero por el hecho de que el gigantesco mammoth habitaba en casi todos los países del globo venimos á deducir (y á ello nos conducen otras varias consecuencias) que durante el período geológico en que vivian estos animales, la temperatura general de la tierra era mucho mas alta que al presente.

Una circunstancia digna de notarse es que aun en los tiempos primitivos una temperatura elevada y una humedad constante no parecen haber estado limitadas á una sola de las partes del globo. Desde las regiones ecuatoriales hasta la isla de Melville en el Océano Ártico, donde los hielos son eternos en nuestros días y desde Spitzberg hasta el centro del Africa la flora carbonífera presenta una gran identidad. Cuando vemos los mismos fósiles en Groenlandia que en Guinea, cuando las mismas especies ahora estinguidas se hallan bajo el mismo grado de desarrollo en el Ecuador y en el Polo, no podemos menos de convenir en que en aquella época la temperatura del globo era la misma en todas partes. Lo que llamamos clima era por lo tanto desconocido en los tiempos geológicos; parece, pues, que no ha habido mas que un solo clima para todo el globo. Únicamente en un período posterior, en el período terciario fue cuando por el enfriamiento progresivo del globo, el frío empezó á sentirse en las estremidades polares. ¿Cuál era entonces la causa de esta uniformidad de temperatura que miramos ahora con tanta sorpresa? Provenia sin duda del excesivo calor de la esfera terrestre. La tierra estaba aun tan caliente por sí misma que su temperatura natural hacia superfluo é innecesario el calor que produce la llegada del sol,

Algunos han comparado este estado al clima del Africa ecuatorial, pero ningún ser humano, ni aun el negro mas fuerte podría soportar una temperatura tan elevada como debió ser aquella.

Consideremos ahora aunque ligeramente lo que los geólogos llaman el período glacial, el invierno del mundo antiguo, al que debemos considerar como el episodio mas curioso, aunque cierto, de la historia de la tierra; porque si bien el frio puede explicarse por hipótesis plausibles, la gran dificultad está en saber cómo volvió la tierra á calentarse otra vez.

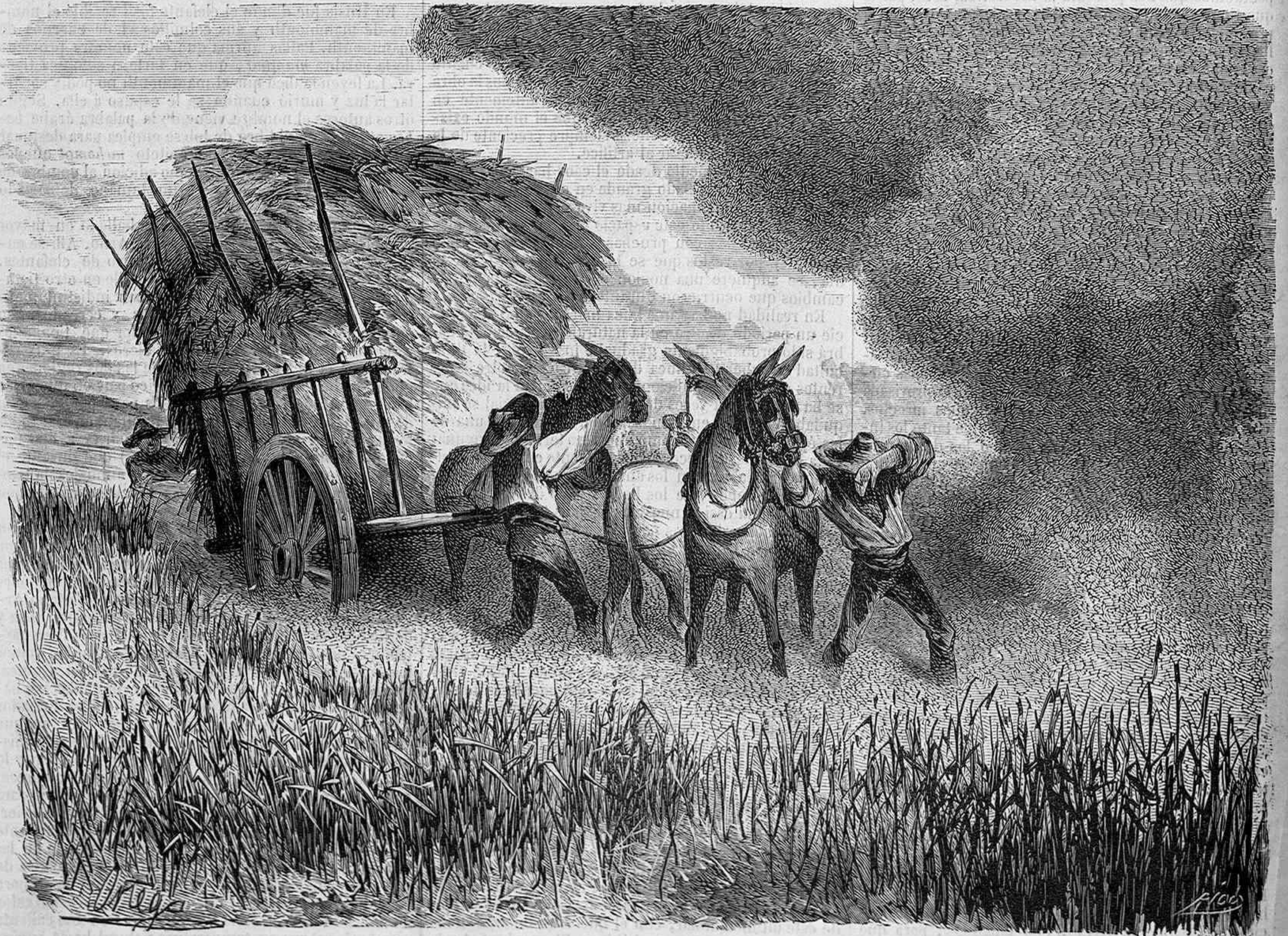
Los vastos países que se extienden desde la Escandinavia hasta el Mediterráneo y el Danubio, perdieron súbitamente una gran parte de su acostumbrado calor natural. La temperatura de las regiones glaciales les sorprendió. Si este frio es un problema aun, sus efectos se conocen del todo; su resultado fue la aniquilación de la vida orgánica en los puntos centrales y del Norte de Europa. Todas las corrientes de aguas, los rios y arroyos, los mares y lagos se helaron. Como dice Agassiz en su primera obra sobre los ventisqueros: «un vasto manto de hielo y de nieve cubrió las llanuras, los montes y los mares. Todos los manantiales se secaron, los rios cesaron de correr. Al movimiento de una creación nu-



EL GENERAL MITRE, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

merosa y animada debió suceder el silencio de la muerte. Un gran número de animales perecieron de frio. Los elefantes y los rinocerontes murieron á millares en los terrenos en que habitaban, y quedaron borrados de la lista de los seres vivientes; otros animales sufrieron tambien, pero su raza no pereció completamente.»

Para llegar á comprender de un modo claro y completo que tuvieron lugar tales escenas, es preciso visitar, aunque no sea mas que con la imaginación, un país en que existen todavía gigantescos ventisqueros. Veremos entonces que los de Suiza y Saboya no han estado siempre dentro de los límites que hoy ocupan, y que únicamente son copias diminutas de los ventisqueros de otros tiempos. Las señales evidentes del hielo antiguo no solo se conservan en los ventisqueros que aun existen en Suiza, sino tambien en las colinas de Cumberland, donde están tan claros como en los Alpes. Alrededor de Scavofell, en Borrodales, y al Norte del país de Gales, los antiguos ventisqueros han dejado sus huellas tan duraderas sobre las rocas, que las edades que se han sucedido no han podido borrarlas aun de la superficie. Estas señales se encuentran con mucha frecuencia alrededor de Suedon; el lugar que ocupa ahora el lago de Killarney estuvo cubierto completamente de hielo antiguo, y cada



INVASION DE LA LANGOSTA ADVENTICIA Ó EMIGRANTE.

isla que sale ahora de su superficie es la estremidad superior de un ventisquero. El Norte de la América ha estado también helado; pero lo más notable respecto á esto es la observación que ha hecho hace poco el doctor Hooker en su viaje á la Siria, pues halló que los celebrados cedros del Líbano crecen sobre antiguas moranas de ventisqueros ó líneas de rocas hechas pedazos que habían caído sobre el hielo y que este había llevado á un nivel más bajo.

Al manifestar estos hechos el doctor Hooker da la explicación más probable. Para determinar las condiciones que permiten la formación de estas vastas masas de hielo, todos los que han tratado esta materia han sostenido que se debían al frío; algunos han creído que la baja de la temperatura durante el período del ventisquero se debió á la disminución temporal de la radiación solar, otros han sostenido otras varias opiniones, pero la verdad parece ser que la extensión enorme de los ventisqueros en las edades pasadas se debe tanto á la operación del calor como á la acción del frío.

El frío solo no producirá ventisqueros. Muchas veces durante todo un invierno sopla el viento Norte más crudo, y sin embargo no hay ni un solo copo de nieve. El frío debe tener el objeto conveniente para trabajar en él, y este objeto, que no es más que los vapores acuosos del aire, es producto directo del calor; pero si basamos nuestros cálculos en la temperatura elevada de la época glacial, echaremos por tierra las hipótesis arriba citadas.

El hombre fue creado después del período glacial, cuando la tierra volvió á adquirir su temperatura normal y regular; pero ¿de dónde vino? Vino cuando apareció la primera hoja de yerba que creció sobre las rocas candentes de los mares silurianos, y vino de donde vinieron las diferentes razas de animales que de tiempo en tiempo se han sucedido una á otra sobre el globo, elevándose gradualmente en la escala de la perfección. Emanó de la voluntad suprema del Autor de los mundos infinitos que constituyen el universo.

Pero ¿está destinado el hombre á desaparecer de la tierra un día como han desaparecido todas las razas de animales que le han precedido preparando el camino para su venida? ¿O debemos pensar que el hombre dotado de razón y llevando en sí un sello divino ha de ser el término último y supremo de la creación?

La ciencia no puede fallar sobre tan graves cuestiones que son superiores á ella y que están fuera del círculo del razonamiento humano.

En la época primitiva existió solo el reino mineral, las rocas silenciosas y solitarias eran todo lo que se había formado de la tierra candente. En el período de transición el reino vegetal creado nuevamente se extendió sobre todo el globo, que bien pronto se cubrió de un polo á otro con una capa no interrumpida de verdura. En los períodos secundario y terciario el reino vegetal y el animal dividieron la tierra entre ellos. En el período cuarto apareció el reino humano. ¿Está en los destinos futuros de nuestro planeta el recibir aun otro señor?

Y después de los cuatro reinos que acabamos de citar, ¿se ha de crear un nuevo reino que sea un misterio para nosotros, pero que difiera del hombre en un grado tan grande como el hombre difiere de los animales y las plantas de las rocas?

Contentémonos con indicar este problema formidable, pero no tratemos de resolverle. Siguiendo la bella expresión de Plinio, este gran misterio «está oculto en la magestad de la naturaleza,» ó para hablar de un modo más conforme con el espíritu de la filosofía cristiana, está oculto en la ciencia del Todopoderoso Creador del mundo que formó el universo.

A.

EL GENERAL MITRE, PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

En otro lugar verán nuestros lectores el retrato de don Bartolomé Mitre, presidente de la república argentina, y general en jefe del ejército aliado contra el

tiranos que se han procurado y conseguido imponerse á los pueblos con el terror en el hermoso continente que nuestros mayores descubrieron y ganaron para la religión de Jesucristo.

Fácil es poner de realce su grandeza militar. A los quince años era capitán; no tenía veinte y tres cuando llevaba sobre sus hombros las charreteras de te-



ESTRELLA DE NAVARRA.—VISTA GENERAL DEL PALACIO DE LOS DUQUES DE GRANADA Y DE SAN PEDRO DE LA RUA.

Paraguay, en la guerra cuyo origen no necesitamos recordar. Pues la ocasión se presenta tan propicia daremos seguidamente algunas noticias biográficas de este personaje, digno como se verá en breve de mención especial por muchos conceptos.

Don Bartolomé Mitre se ha distinguido y elevado á gran altura como militar, como literato como historiador y como político. Distaba mucho por consiguiente de ser uno de esos soldados de fortuna que se han encumbrado en América, como en todas partes, de una manera misteriosa é incomprensible, ó uno de esos

niente coronel de artillería; á los treinta y uno mereció el grado de coronel. Se halló en la batalla de Cagancha, en la campaña de Entre Ríos y en el sitio de Montevideo, durante el que desempeñó las funciones de comandante general de artillería de estramuros. Pasó después á Bolivia, cuyo gobierno invitó á establecer un colegio militar, acompañando en la campaña del Sur al general Ballivian, en calidad de jefe del Estado Mayor. Hallóse en el combate de Lávala y en la batalla de Bitiche, que se decidió por las operaciones de su artillería, valiéndole no solo una condecoración

que consistió en un escudo de oro, sino también ser declarado «benemérito en grado heroico y eminente» de la república de Bolivia. El talento y la intrepidez que acreditó en ella le valieron además de dicho general estas palabras elocuentes, y honrosísimas para él: «Ha trepado con los cañones á eminencias que hasta ahora tan solo las águilas han visitado.» Vuelto después á Buenos-Aires, su patria, desempeñó varias veces el ministerio de la Guerra, tomando parte también en la campaña de Cepeda, gracias á la cual su prestigio acrecentóse de un modo extraordinario. El cuadro de su gloria militar se completa recordando que en su campaña no concluida contra el Paraguay, campaña de la que pudo muy bien prescindir, como presidente de la república argentina, ha conseguido la desaparición de una tercera parte de las tropas enemigas sin desarmar ni una gota de sangre.

El general Mitre ocupa también un puesto muy distinguido en la república de las letras. A los quince años publicó ya una colección de poesías tituladas: «Ecos de mi lira.» Sucesivamente redactó ó dirigió después en Montevideo, *El Nacional*, *El Iniciador*, *El Corsario* y *La Nueva Era*, fundando además el *Instituto histórico, geográfico*. En Bolivia escribió en *La Epoca*; en Chile, en *El Mercurio*, *El Progreso* y *El Comercio*. Mas adelante contribuyó mucho con sus escritos á la revolución que estalló posteriormente.

Sus dotes de historiador aparecen en su historia del general Belgrano, considerada por el publicista *du Mesnil* como el primer monumento de la literatura americana. En sentir de uno de sus adversarios políticos mas irreconciliables, contiene páginas dignas de Tácito. Es muy voluminosa y está tan bien pensada como elegantemente escrita. Su propietario actual ha ganado con ella una suma considerable.

Algunas palabras para juzgar al hombre político. El general Mitre posee una privilegiada inteligencia y un noble corazón; el general Mitre ha dado grandes muestras de ardoroso patriotismo; el general Mitre debe á Dios un carácter entero é inquebrantable; el general Mitre es hombre de ley y de principios; el general Mitre se ha mostrado siempre generoso, modesto y desinteresado; el general Mitre se ha distinguido por su espíritu templado y conciliador; el general Mitre, para concluir, sin faltar á sus convicciones ni los deberes sagrados de su posición ha dispensado á los españoles, esto es, á los descendientes de aquellos héroes á los cuales los americanos ofenden, injurian y asesinan con frecuencia, la protección y el aprecio que se les debe de rigurosa justicia. Cuando la toma de las islas Chinchas contuvo á sus gobernados dentro de los verdaderos límites, á fin de que no se alterasen las buenas relaciones que la república de Buenos-Aires mantiene con nuestra patria queridísima. En ninguno de sus numerosos escritos ha intentado ajar el honor immaculado de nuestra hermosísima bandera. Nos complacemos en decirlo, con tanta mas razón cuanto en todas partes y mas que en ninguna otra en el nuevo mundo que merece ya ser calificado de viejo por sus excesos y decaimiento moral, el número de los ingratos es desgraciadamente infinito. C.

ESTELLA DE NAVARRA.

Como la mayor parte de las poblaciones que constituyen el antiguo reino de Navarra, la ciudad de Estella merece ser visitada por los viajeros y artistas no tanto por los adelantos que en ella ha hecho la moderna civilización como por los recuerdos históricos que encierra y los monumentos arquitectónicos debidos á épocas distantes que la enriquecen.

Desde luego el aspecto pintoresco de Estella, predispone el ánimo en favor suyo; y los elevados chapiteles de sus hermosos templos, las airoas torres de sus antiguos palacios, los restos de muros almenados y de construcciones fortísimas, que sobresalen por cima del caserío de la población, dan una idea anticipada de los curiosos restos que guarda entre el intrincado laberinto de sus calles. El río Ega, que divide la ciudad en dos partes y cuyas aguas fertilizan sus alrededores, está cruzado por dos puentes llamado el uno de la Cárcel y el otro del Azucarero. En el fondo del panorama que ofrece la vista de la población y de las huertas y paseos que la circundan y adornan como con un marco de flores, de aguas y verdura, se levanta una montaña escueta y pedregosa, de subida áspera y de fantástico perfil, en uno de cuyos picos, llamado del Moro, se ve una cruz de hierro. En el punto en que se eleva esta cruz y desde el cual se domina el horrible precipicio que forma una de las quebraduras de la montaña, dice la historia que cayó despenado deslizándose de los brazos del ama que lo criaba, el infante don Teobaldo hijo del rey don Enrique y de doña Blanca de Navarra. Las gentes del país aseguran asimismo que la inmensa mole de granito que se conoce con el nombre de *Pico del Moro*, está socabada en el interior, formando estas galerías subterráneas, cuya entrada cierran hoy las malezas y los peñascos rodados de la cumbre, el camino cubierto que se supone existía entre Estella y un castillo del que aun se descu-

bren restos en las fragosidades del monte. En la población además de algunas casas solariegas notables pertenecientes á la nobleza de Navarra, y de las cuales las mas dignas de atención se encuentran en la calle de la Rúa, y se distinguen por los blasones esculpidos sobre el arco de sus puertas, hay varios templos que por su antigüedad ó su mérito artístico merecen la visita de los curiosos ó inteligentes. Entre ellos los conventos de Santo Domingo y Santa María, por entre cuyas artísticas y pintorescas ruinas crece la hiedra, enredándose en los rotos arcos y los oscuros paredones, ofrecen ancho campo al estudio del arqueólogo y al lápiz del dibujante, que pueden encontrar en sus abandonados recintos, curiosidades históricas de gran interés y puntos de vista, por mas de un concepto admirables. Las iglesias restantes son San Pedro de la Rúa, San Pedro Lizarra (antes San Bartolomé) San Miguel y la llamada del Santo Sepulcro. Las tres primeras pertenecen al período arquitectónico que se comprende entre el siglo duodécimo y el decimotercio, y la última al siglo XIV.

San Pedro la Rúa, matriz de Noveleta, fue edificada con la misma advocación que hoy tiene al repoblarse Estella en el siglo XI, en memoria de la primitiva de San Pedro de Lizarra; y tanto ésta como las otras iglesias que dejamos mencionadas, ofrecen en sus naves y portadas verdaderas riquezas arquitectónicas y detalles de gran mérito que caracterizan el estilo y la época á que cada una pertenece.

También es digno de especial mención el histórico palacio del duque de Granada, magnífico edificio de sólida y elegante construcción flanqueado por dos torreones y engalanado de ricos cornisamentos, vistosas portadas, labrados capiteles y todo género de detalles de lujosa y acabada ornamentación que contribuyen á hacerle uno de los monumentos mas notables de Estella.

El dibujo tomado del natural por el señor Serra, á que damos cabida en las columnas de EL MUSEO, ofrece una vista parcial de esta pintoresca población, y por él puede formarse una cabal idea del carácter de sus edificios y del paisaje que le sirve de fondo. Entre el espeso follaje de las alamedas que circundan á Estella se distinguen en esta vista los macizos torreones del palacio de los duques de Granada, que se destaca por su gigantesca mole de entre los edificios que le rodean; la elevada torre de San Pedro de la Rúa, que domina la ciudad estendida á sus pies y por último la dentellada cresta de la montaña, en cuyo pico se eleva la histórica cruz que recuerda el desastroso fin del infante don Teobaldo.

INSPIRACIONES, (1)

POR DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

Las fechas lo aseguran: en este tomo de poesías está todo el poeta: desde 1847 hasta 1864.

La reflexión lo confirma: con el poeta está el hombre entero.

Abandonemos los senderos hollados de la crítica, y penetremos en una nueva vía.

Puesto que se hace á nuestros ojos un milagro, el milagro increíble de producirse el poeta del hombre y de completarse el uno por el otro hasta el punto de compenetrarse y ser una sola esencia en dos manifestaciones distintas, estudiemos el milagro, y pidamos su venia á la razón para creerlo.

En estos tiempos en que... ¡Injusto corazón! sometido á los encuentros sangrientos de la vida; despedido por diarias ludiciones; acibarado por el amargo sabor de la experiencia, se ciega voluntariamente, y reduciendo el imperio del mal á la época en que sufre, para quejarse mas, niega tácitamente que en épocas pasadas haya acontecido aquello que hondamente lo perturba, y se queja de su tiempo como del peor de los tiempos posibles.

Error de corazón: lo que en un siglo, ha sucedido en otro, como sucederá en los indefinidos por venir; y si tengo razón cuando aseguro que en estos tiempos en que vivimos ó penamos (tanto monta y tanto vale) ningún espectáculo es mas digno de contemplación, por lo grandioso y por lo raro, que el que ofrece el poeta, que vamos á examinar, siendo idéntico asimismo en todos tiempos, si esto es cierto de hoy, con igual razón puedo pensar y asegurar que en tiempos pasados ese espectáculo era todavía, por mas raro, mas digno de admiración.

Ello es, (y acabemos, y salvo á los lectores de un paralelo entre este siglo y los pasados), ello es que el espectáculo ha sido raro, sigue siéndolo, y merece que, acompañeme el lector ó me abandone, yo me deleite en contemplarlo, tal vez murmurando á mi pesar: ¿Será esto cierto?

Voy á averiguarlo.

En estas *Inspiraciones*, hay un patriota (*Ecos nacionales*); hay un moralista (*Baladas*); divaga meditando un soñador (*Armonías*); somete un creyente su razón

(*Odas*); solloza quedamente un padre (*Elegías*); se espone á la vista un ciudadano (*Cantares*); se mofa del siglo un decidor (*Idilios humorísticos*).

Todo esto es una vida, la de que ha gozado ó sufrido dígalo la razón sin miedo á su enemigo, el error; la de que ha gozado y sufrido el poeta, desde 1847 hasta hoy; vida de veinte años, fogosa, crédula, expansiva; de concentración y de aislamiento; de dudas, y quebrantos del espíritu; de meditaciones y melancolías; de abatimientos y reacciones; de confianza en sí mismo, y de fe en la conciencia universal, en Dios.

Elevándose, pues, del pensamiento manifestado al móvil generador, descubro claramente, con toda la claridad de la evidencia, que el hombre, como el poeta, ha sentido, ha llorado, ha divagado, ha cedido al torcedor de la duda, ha meditado resignadamente, y ha creído.

Si el poeta ha cantado las glorias de la patria, no es porque las haya admirado abstractamente; es porque el hombre las ha sentido dentro de sí, iluminando su fantasía, estimulando su corazón: si ha maldecido la guerra es porque el hombre encontró en la vida una madre que le enseñó á maldecirla, llorando en su presencia para enseñarle á llorar; si se ha estasiado con la naturaleza, es porque el hombre le debe algún consuelo; si el poeta ha llorado, ha gemido, ha clamado desesperadamente, y en vez de maldecir ha bendecido en cada una de las *Elegías*, es porque el hombre fue padre, es porque el padre amó mucho, es porque la muerte, contrariando los amores verdaderos, si con planta implacable hundió el polvo en el polvo, con índice elocuente señala el alma en el cielo.

El arte, el verdadero arte, es el que exterioriza al hombre: con despojarlo de circunstancias perturbadoras, le basta para engendrar lo bello.

Este ha sido el procedimiento de todos los grandes poetas, y este el que obedece, voluntaria ó involuntariamente, el digno de respeto que están revelándose las *Inspiraciones*.

Si los adoradores del arte por el arte, educada ya su voluntad, tal vez por tener educado el sentimiento, niegan que éste en su expresión estética, es indiferente á la moral, y cuando aspira á ella deja de ser arte, y olvidándola y hollando sus preceptos, puede reunir todas las perfecciones; si esos austeros adoradores pueden sustraerse á la influencia deleitosa que ejerce la predicación del bien, partiendo del sentimiento y de la fantasía por llegar á la fantasía y el sentimiento, la pluralidad de las almas, el sentimiento universal, obedecen tanto mas las manifestaciones artísticas, cuanto mas irresistiblemente lo persuaden.

Por eso es tan fecundo el encanto que producen los géneros poéticos *directos*; por eso tan poderosos los efectos de la lírica; por eso tan vehementes las pasiones que suscita el subjetivismo, siempre presente en las composiciones líricas.

El doble elemento subjetivo—objetivo del teatro; la doble moción de fuera adentro y de lo interno á lo externo que produce la acción dramática, educadora como es, lo es menos que esa absorción voraz que en el género lírico hace la sensibilidad, de sentimientos y emociones exteriores; porque allí hay una acción que conturba al sentimiento con su realidad visible, que desencana á la imaginación con su verdad sensible, que no satisface al entendimiento por ficticia; y aquí hay una pasión, conmovedora por su misma pasividad, incitante por su invisible movimiento, persuasiva por su veloz identificación con los gérmenes preparados en nosotros.

En la acción dramática la verdad daña al arte, y el arte generándose en una verdad, asimilable por comparación á realidades observables y observadas, daña al sentimiento á que quiere persuadir. En la pasión de la lírica, si el arte ha espresado bellamente su motivo, el alma lo absorbe vorazmente.

En la dramática las conmociones son fugitivas, porque son violentas: en la lírica la emoción es duradera, porque es lenta.

Estas dos manifestaciones del arte, como el arte total, llegan á la enseñanza, producen una moralidad, menos irresistible la una, el drama, por ser mas exterior; menos evitable en la otra, la poesía lírica, por ser mas personales sus efectos.

Los perturbadores que sobre sus contemporáneos han producido Byron y todos los románticos, garantizan la verdad de estas observaciones y vaticinan las consecuencias benéficas que pueden derivarse de poetas como Aguilera y de poesías como las suyas.

La realización de lo bello es un fin capital de nuestra vida, y somos capaces de amar el vicio repugnante si para seducirnos, se embellece. ¡Cuánto mas espontáneamente triunfa de nuestra resistencia el bien austero si la poesía le presta sus encantos!

Los que da á sus creaciones el poeta que estudiamos, hijos todos de su enérgico amor á la virtud, aun mas que el éxtasis pasivo, producen una movilidad placentera, tanto mas activa cuanto que al par del desapeño artístico y de la unión halagüeña de un alto pensamiento y una forma encantadora, admiramos al hombre aparente en la obra, creándola con sus facultades morales y su entendimiento, vivificándola con una parte de su vida.

(1) Se vende en las principales librerías á 10 reales.

Presentemos la prueba. Así demostraré prácticamente la verdad de mi teoría, y salvaré al lector de la aridez de toda exposición.

Las *Elegías* podrían por sí solas bastarme: pero son las únicas composiciones de este libro, que yo no quiero, porque no debo, convertir en prueba. El poeta ha podido objetivar el dolor del padre; el artista ha debido consolar al hombre; el arte salvar á un corazón del tormento del vacío: el crítico que conoce los límites de su círculo de acción, debe admirar y callar.

Si á la vista de este dolor augusto, cantado por la misma avidez del dolor inconsolable, no saben los lectores educar su corazón ni sabe el sentimiento público bendecir los beneficios sobrehumanos de que es capaz el arte, yo no debo intentar una empresa infructífera si la dirijo á espíritus indiferentes; inútil si á sentimientos perspicaces.

Mas si me vedo el penetrar en el fondo de este dolor que el arte inmortaliza, concédome el derecho de estimular la actividad cerebral de los lectores, y antes de proseguir, copio, para que admiréis, dos estrofas; la primera retrata luminosamente el ángel que encarnó en una niña celestial:

«Su mirada tenía
el pálido fulgor de las estrellas,
y pensar nos hacía
en otros seres y regiones bellas
sobre los montes y el azul profundo:
que no era, no, mi Elisa de este mundo.»

La segunda... no cometeré la profanación artística de cortar en partes el maravilloso todo del poeta: va íntegra la XIV elegía: es la muerte... no, es la vida; es un ángel que se lleva á otro:

«¡Silencio!... ¿Oísteis?...
Sueña en su estancia
un rumor ténue
cual si dos alas
un invisible
ser desplegara,
á las acordes
voces lejanas,
muy lejanas,
muy lejanas,
mas que la luna
mucho mas altas,
nunca oídas
ni soñadas,
asi como ecos
de lirás y arpas,
con que otros niños
la llaman de los cielos
en los abismos.»

Que el poeta revela al hombre y que los triunfos conseguidos en éste por el bien contra el mal, encierran una enseñanza, á todos asequible, porque va directamente del sentimiento al sentimiento, ha sido el tema que, por vagamente desarrollado, sería infecundo sino lo acompañaran las adjuntas pruebas:

La gaita gallega. Sus sonidos melancólicos, la energía con que recuerdan la triste soledad de aquellas campiñas, en vano hermoeadas por Dios, pues el hombre se ve tristemente obligado á trocarlas por las calles de la corte, por las fuentes de las capitales del reino, por la maleta, la sillería, la carga de la acémila en el resto de España, en Portugal y en las *Américas*, esas Américas propicias, suelo hospitalario de todo proscripto, de todo peregrino; la gaita con su tristeza y sus recuerdos, hubiera inspirado al poeta una elegía, *tristium*, mas tristes que las del Ponto; pero si el hombre no hubiera tenido al par que noble horror de la injusticia, fe en la rehabilitación de lo caído, no hubiera dicho el poeta:

«Cuando la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no sé lo que me sucede,
que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia,
bella, pensativa y sola,
como amada sin su amado,
como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
y danze la turba loca,
la voz del grave instrumento
suéname tan melancólica,
á mi alma revela tantas
desdichas, penas tan hondas,
que no sé decirlos
si canta ó si llora,

porque para decir esto con tan profunda verdad, es necesario que el hombre haya meditado muchas veces en el injusto destino de esa hermosa comarca. Sin un convencimiento racional, sin una seguridad de que en una época de estabilidad, la misera provincia ha de aprovechar los elementos de riqueza y de ventura que mil causas, inespresables aquí, le arrancan, el poeta

hubiera lanzado un quejido al terminar su elegía, no la tranquila esperanza que le inspirara el hombre:

«¡Espera, Galicia, espera!

Peró los tiempos se acercan;
y cuando suene la hora,» etc., etc.,

el pária de las provincias españolas; esa Beocia moderna, tan calumniada como la antigua, blanco del sarcasmo de los necios, inspiración burlesca de espíritus sin vista, será lo que ofrecen su posición geográfica, sus puertos, sus campos, la tenaz laboriosidad de sus hijos, la pureza de costumbres que anuncia virilidad, nuncio á su vez de la palanca de la mecánica moral; la fortaleza.

Por la patria. ¡Cuántos poetas la han cantado! ¡cuántos han agotado su inspiración, haciendo hablar á sus sentimientos! Algunos han sido admirables; todos, sobre todo, los nuestros, en demasía verbosos. Las madres espartanas los hubieran mirado sonriendo: «Aquí hay arte, hubieran dicho desdeñosamente, pero falta el hombre.» El que sabe amar á su patria, sabría ser el hijo de esta madre que, anegada en llanto, al verlo prepararse para la guerra, cuando su hijo le responde,

—Al umbral de nuestras puertas
ya los franceses están,

enjugándose las lágrimas, clama sublimemente, sin vacilar, sin miedo, sin estremecimiento.

—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la patria!

Concebir que la injusticia es esperanza de justicia, y amar la patria, llevando la obra á la palabra, sin afectación, sin clamoreo, son dos revelaciones de alto progreso en el espíritu. El hombre que lo alcanza, si es gran poeta, como sería gran sacerdote de cualquier ministerio de la vida, es porque ha llegado, como entidad moral, al punto en que se encuentran las armonías del espíritu... Estado feliz, por adversos que sean los accidentes, es propicio para el arte, porque exterioriza al hombre digno de serlo; al fuerte por su esfuerzo.

EUGENIO M. HOSTOS.

Hoy que la prensa toda y el público de Madrid se ocupan del malogrado Ventura de la Vega, á propósito de la representación de su última y magnífica obra, creemos que los lectores de *EL MUSEO* verán con gusto la siguiente epístola, hasta ahora inédita, en la cual se revela hasta qué punto el inspirado autor de la *Muerte de César* era dueño del idioma castellano.

EPISTOLA INEDITA.

AL EXCMO. SEÑOR DON TOMAS CORRAL Y OÑA, MI AMIGO.

No pienses que esta epístola
Corral Escelentísimo
va dirigida al célebre,
de Hipócrates discípulo.
Por mas que yo sin brújula
bogue en estrecho círculo,
sin que tus sabios rícepes
den al bajel mas ímpetu,
no tanto aflige el ánimo
de este doliente mísero
el ver la ausencia crónica
de su doctor científico,
como las dulces pláticas,
del amigo carísimo

no oír, ni en grato diálogo
darnos placer recíproco.
Lo que es en cuanto al médico
si de mi casa el címbalo
tocase, y dentro viéralo
fuera con el brevisimo.
«Solamente dijérame
que ante el poder febrífugo,
de las plateadas píldoras
que introduce en mi físico,
y gracias á la pócima
con que Simon el químico,
purgó mi región ínfima
de materiales rígidos,
y á la virtud benéfica
de aquel sabroso líquido
producto del cuadrúpedo
que con Balan fue esplicito,
ya mis repuestas vísceras
merced á esos antidotos
con el morbo cómplice
han roto el fiero vínculo.
Y aunque el diafragma atónico
en sus funciones tímido,
no corresponde enérgico
del clíter al estímulo,
con todo, ya mi estómago

digiere el néctar índico
que en espumante jicara,
es de mi gula el ídolo:
si bien no tan benévolo
suele mostrarse el pícaro,
cuando la carne sólida
aunque de tierno vítulo,
envuelta en jugos gástricos
baja al duodeno crítico
y toca por sus trámites
en la región del hígado.
Ya allí mas climatérico
se presenta el capítulo,
hay flema en el exófago,
el vientre timpanítico;
la digestion, por último
cuesta trabajos ímprobos;
mas se hace, y luego el órgano
vuelve á su estado pristino.
En estos días plácidos
en que venciendo el frígido
rigor, el númen délfico
mostró su rostro vívido,
salí, según tus órdenes,
en alquilon vehículo,
del ambiente atmosférico
á aspirar el oxígeno.
Y ni aun con este método
place al Dios soporífero,
que de noche mis párpados
cierre sueño pacífico...»
Esto al doctor digérame,
mas no podré decirselo,
que de mi hogar doméstico
tocar no quiere el címbalo.
Mas tú que de ese prófugo
amigo, eres tan íntimo,
según es fama pública,
Corral amabilísimo,
tú de mi parte búscame,
y dile que mi espíritu
se anega en un Océano
de humor hipocóndrico;
que un régimen dietético
me imponga, y yo solícito
mas que al Koran los árabes
guardaré sus artículos.
Dile que si algun mérito
halla en mis versos líricos,
si de escritor dramático
me otorga el alto título,
torne á este cuerpo lánguido
vigor, que mi estro rítmico
encienda, y en mi cítara
verá, que en son dulcísimo
canto su nombre célebre,
que es ya de salud símbolo,
y acaso al suyo uníendolo
suba mi nombre altísimo.

VENTURA DE LA VEGA.

10 de marzo de 1853.

RUINAS.

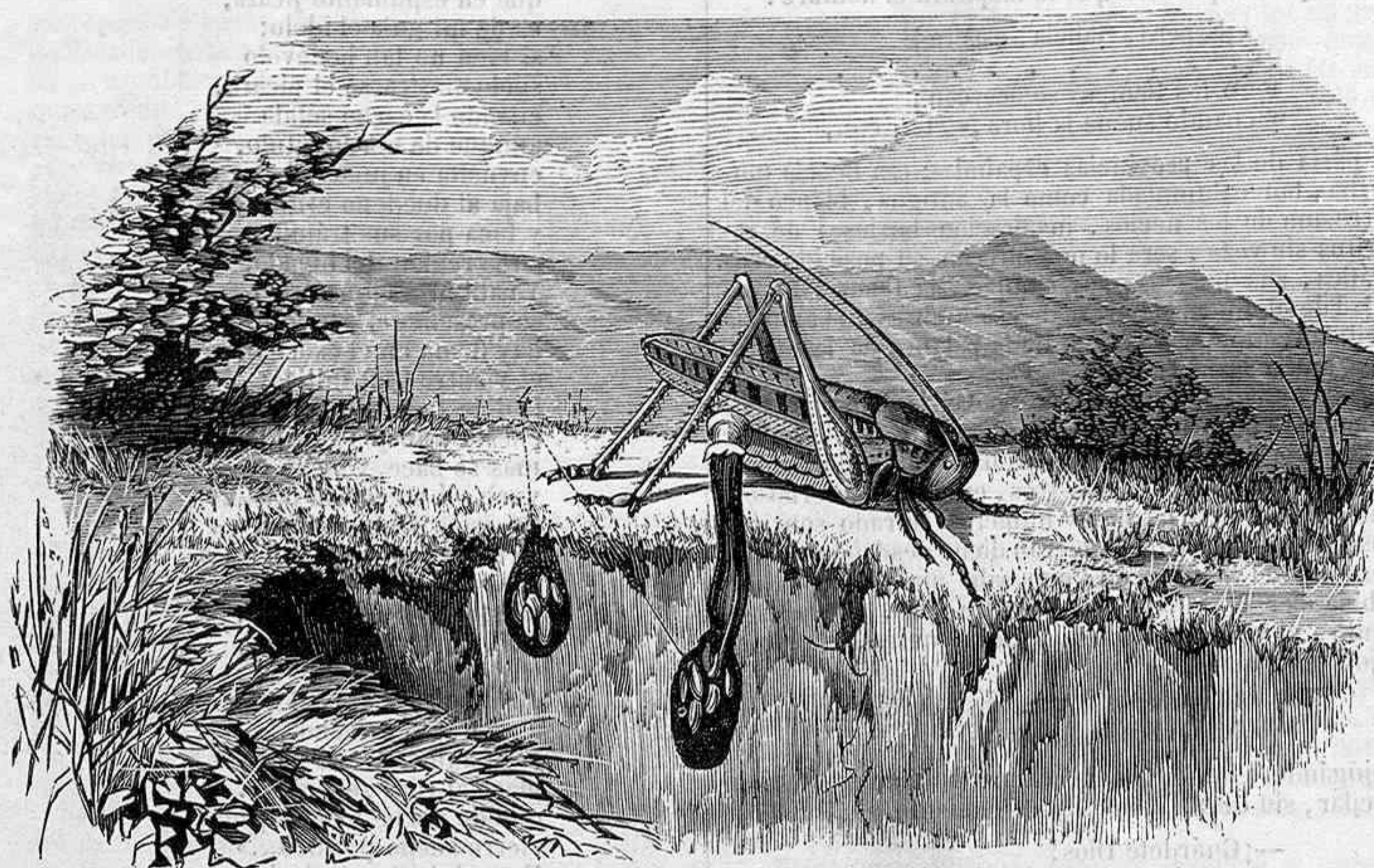
(CONTINUACIÓN.)

El que mas y el que menos sabría escribir un libro sobre economía doméstica que haría morderse las uñas á mas de cuatro personas de *buen gobierno*, y respecto á lo bien sentado de sus cabezas, la forma y el volumen, podía ser una garantía en prueba de que no era fácil que tales cabezas anduviesen á la ligera como muchas otras.

¿Qué razones poderosas no podían, pues, alegar todas estas gentes predestinadas desde la cuna á hacer causa común contra aquellas tres ruinas hambrientas que pasaban continuamente por debajo de sus ventanas oliendo el vao de los manjares agenos? Oler el exquisito aroma de los guisos que ellas no habian confeccionado, ¿no era acaso una impertinencia? ¿Con qué derecho se tomaban esta libertad? Y despues de esto, ¿ver acaso con envidia cómo las chimeneas de los vecinos humeaban, porque en su hogar estaba apagado el fuego!

¿Y no hacer puchero como todo el que vive económica y decentemente! ¿Y vestir unas ropas hechas á estilo del siglo pasado, cuando hasta el tabernero (ó el que despacha vinos) viste á la moderna, y despues de todo esto, erre y mas erre con tenerse en las suyas, y andar por la calle como cualquiera!

Cuando lo meditaban seriamente los vecinos de la inmortal villa, se indignaban contra las ruinas y juraban decirselas frescas, cuando se presentase la ocasión, porque así como así, aun cuando las ruinas no pedían un miserable ochavo á los ricos del pueblo, se irritaban de ver al uno, sin querer aceptar nada de nadie, mientras todos sabían que andaba con el vientre flojo como pellejo vacío, á la otra haciéndose todavía la gran señora cuando ya ni restos le quedaban de sus antiguos fueros, y al buen don Braulio, queriendo derrochar to-



LOCUSTA VERDISSIMA (LANGOSTA VERDE) EN EL ACTO DE PONER SUS HUEVOS Y LABRAR EL CANUTILLO.

avía los bienes del prójimo, cuando no tenía en donde caerse muerto.

Estos rumores fueron creciendo á medida que la miseria y la vejez se iba apoderando cada vez mas de los pobres desheredados; pero ellos proseguían en tanto sin vacilar la senda espinosa que les habia sido trazada.

Doña Isabel queria á su gato cada vez mas, y á pesar de las miradas burlonas que se posaban sobre ella cuando la veían guardarle alguna fineza para Florindo, resistía serena y sin turbarse, saliendo vencedora en la lucha. Muchas veces pretendían abrumarla con infinitas sátiras contra el gato, la manga corta, el tupé y el zapatito de tacon; las gentes se reían de ella, pero ella se reía á su vez de las gentes improvisando versos en un estilo que queria ser clásico; (doña Isabel era poetisa, cualidad que heredaba de sus antepasados) y mostrando á las remilgadas bellezas que se agitaban en torno de ella su frente altiva y serena, el torneado brazo y el pequeño pie calzado con el zapatito de raso, exclamaba.

—Esto ha sido reinar, hijas mías, mi tiempo era el gran tiempo de las nobles hermosuras del regio pisar, del donaire y de la gracia que impera sobre la cabeza y sobre el corazon. Una sola mirada de mis ojos azules

valia un imperio, aniquilaba un mundo de esperanzas, ó hacia dar vida á un pecho agonizante, el solo rumor de mis vestidos levantaba una tormenta de sensaciones en el corazon del que me amaba, y si yo dejaba caer á sus pies mi pañuelo perfumado, él era tan feliz como si hubiese vencido brazo á brazo al mismo Cid Campeador. ¡Mas hoy, queridas mías, cuán raquítico se ha vuelto el mundo! Queriendo asemejaros á mujeres griegas, parecéis muñecas medio desnudas, con quien las niñas juegan riéndose de sus pantorrillas de algodón. Y por eso el hombre al veros tan pequeñas, rodando como una hoja seca en ese loco torbellino que se llama wals, dejando á un lado el ceremonioso respeto que usaba en mi juventud, os tomó por la mano, y sin aguardar á que le diérais vuestro permiso, os condujo á donde ha querido como cosa suya.—

—Quizá sea verdad, doña Isabel, le respondían con ironía y mordiéndose los labios; pero hé aquí que toda la hermosura de los ojos de usted, y lo torneado de ese brazo que hace hoyuelos en el codo como el de un niño, toda su gracia y su donaire, en fin, no le han valido siquiera un mal marido.

—¡Marido! ¡Santo Dios!... A puñados, pobrecitas mías, los tenía yo, tanto, que de los que he desairado,

os contentaríais se hiciese un enjambre que os eligiese por flores. Mas... ¡qué locura! Ellos eran notables á veces por su talento, es cierto, eran algunos tambien arrogantes, y otros hombres honrados é inmensamente ricos, pero...

—Cómo, doña Isabel, ¿y usted, no los ha querido?

—Qué habia de querer... ¡y mi dignidad!

—Con el oro se hubiera aumentado infinito...

—El oro... yo bien digo que esta juventud es inferior á la de mis tiempos... ¡el oro! ¡pues! Bello es el oro, hijas mías; el oro que todo lo puede, menos que la sangre roja haga una bonita mezcla con la sangre azul de pura raza, y como ellos no eran bastante nobles, ahí teneis descifrado el misterio.

—¿Acaso la descendiente de una casa ilustre, la que cuenta cien nobles abuelos, podia enturbiar su memoria admitiendo por esposo á un médico, un abogado, ó lo que es aun menos que esto, al que se enriqueció ayer vendiendo y comprando al pormayor? Temeria á que la sombra de mis antepasados viniese á despertarme en mi lecho nupcial, y que cogiendo á mi esposo por la cabellera, me le llevase en un traje impropio á los ojos de la decencia, al lado de un enfermo con captasmas, á medir sus fuerzas en algun vergonzoso litigio en donde el que defiende tiene que avergonzarse con el ofendido, ó á tomar y recibir cuentas, entre montones de fardos, cuyo olor de fábrica trastorna los nervios.

—¿Con que es decir, señora, que usted llena de experiencia y de talento, desprecia la profesion lucrativa y civilizadora del comercio, desprecia usted las ciencias y los hombres de ciencia?

—¡Yo, criaturas! ¡despreciar la profesion lucrativa del comercio? respondia doña Isabel, fingiendo con estrema gracia dificultad en pronunciar la palabra *lucrativa*. ¡Yo!... Dios me libre de despreciar á nadie. Ellos valen tanto en su esfera, como yo en la mia; y soy la primera en estimar á los que deseché para maridos, ellos lo saben. Pero si les pareció mal que yo no hubiese querido mezclar mi sangre azul con su sangre roja, hubieran ellos hecho lo mismo no queriendo mezclar la roja con la azul, y estábamos pagados, aunque por mi parte, hijas mías, no reconozco deudores.

—No nos atrevemos á decir tanto, señora, porque aun existe el rollizo Florindo que le debe á usted toda una vida de satisfacciones y de delicias.

—Pues os engañais grandemente, porque yo no hago mas que pagarle asi la cacería que hace en los ratones que se atrevían á mis vestidos, y la satisfaccion que me causa al verle jugar con mis zapatillas y el hilo de mi calceta, mientras con mi mano, que él conoce, acaricio su pelo brillante y blanco como la piel de un cisne. ¡Oh, mi hermoso gato! él me estrañará y me buscará melancólico cuando yo haya muerto, mientras vosotras, queridas mías, direis al son de ese wals que ha discurrido el diablo: «descanse en la tumba doña Isabel, puesto que ya ha pasado el tiempo de los minutos.»

(Se concluirá.)

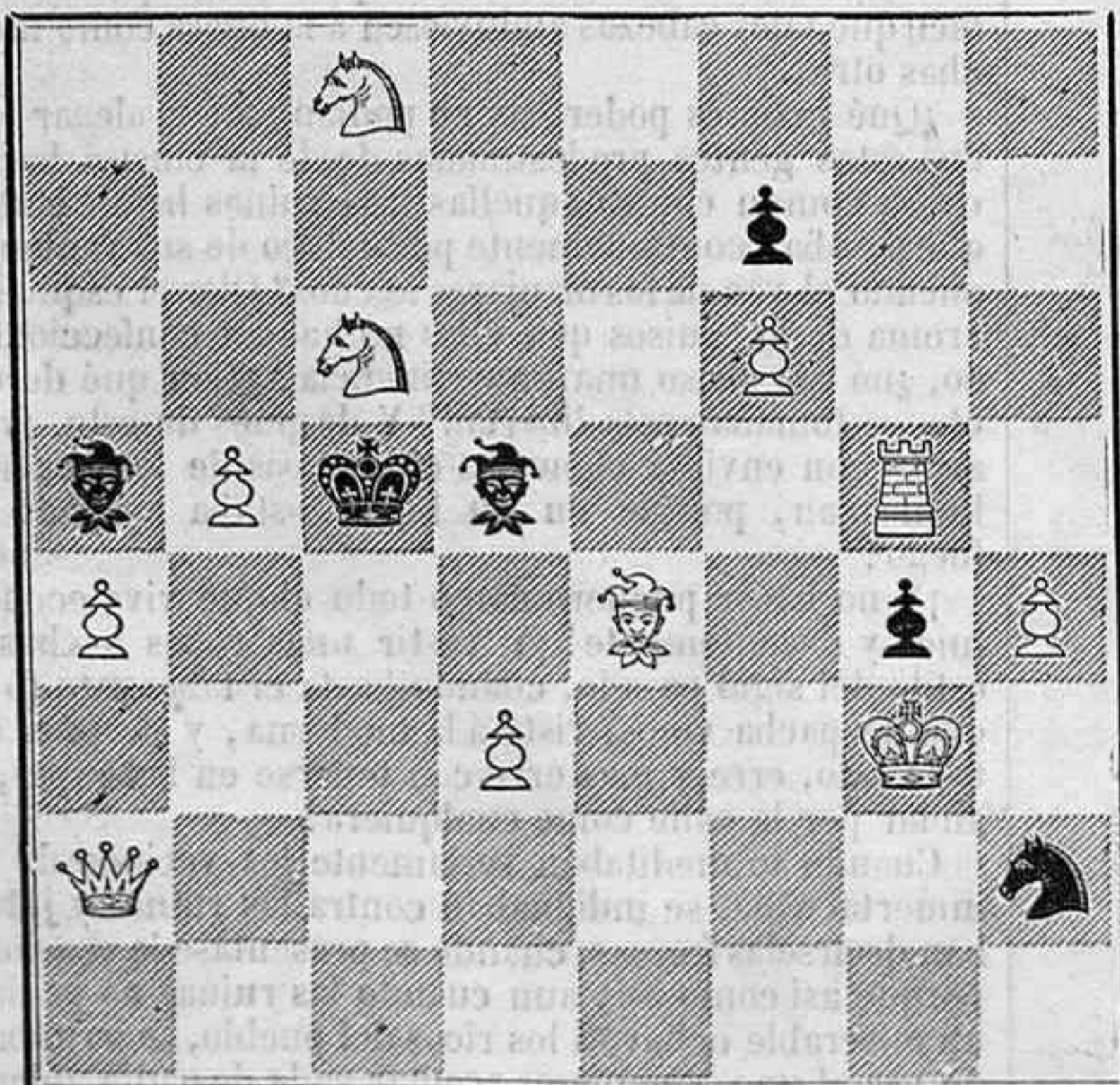
ROSALIA CASTRO DE MURGUIA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 48.

COMPUERTO POR DON V. LOPEZ NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS OBLIGAN A LOS NEGROS A DAR MATE EN NUEVE JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 46.

- | | |
|-----------------------------------------------------|---------------------------------------------------|
| Blancos. | Negros. |
| 1. ^a D 6 C R | 1. ^a T 1 D (A) (B) (C) (D) (E) (F) (G) |
| 2. ^a C t T jaq. | 2. ^a R juega. |
| 3. ^a P ó T jaq. mate. | |
| 1. ^a | (A) 1. ^a D t A |
| 2. ^a C t C jaq. | 2. ^a R juega. |
| 3. ^a D 3 D jaq. mate. | |
| 1. ^a | (B) 1. ^a P de A D t C |
| 2. ^a P de R t P j. doble. | 2. ^a R juega. |
| 3. ^a D ó T jaq. mate. | |
| 1. ^a | (C) 1. ^a T t P R |
| 2. ^a T t T jaq. | 2. ^a R juega. |
| 3. ^a D ó T jaq. mate. | |
| 1. ^a | (D) 1. ^a C 3 A á 2 R |
| 2. ^a C 6 A D jaq. | 2. ^a C t C ó R juega. |
| 3. ^a D 4. ^a ó 3 D j. mate. | |
| 1. ^a | (E) 1. ^a T de 6 á 5 A R |
| 2. ^a P R t T jaq. doble. | 2. ^a R juega. |
| 3. ^a D ó T jaq. mate. | |
| 1. ^a | (F) 1. ^a C 3 D ó D 2 T R |
| 2. ^a C t C jaq. | 2. ^a R juega. |
| 3. ^a D 3 D ó P 4 R j. mat. | |
| 1. ^a | (G) 1. ^a R 4 D |
| 2. ^a A t C jaq. | 2. ^a R 3 T ó 4 R |
| 3. ^a D 2. ^a A D ó 4 R j. mat. | |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del siglo: señores V. M. Carvajal, C. Valdespino, G. Dominguez, E. Castro, R. Sirera, de Madrid.—J. S. Fábregas, de Tarragona.

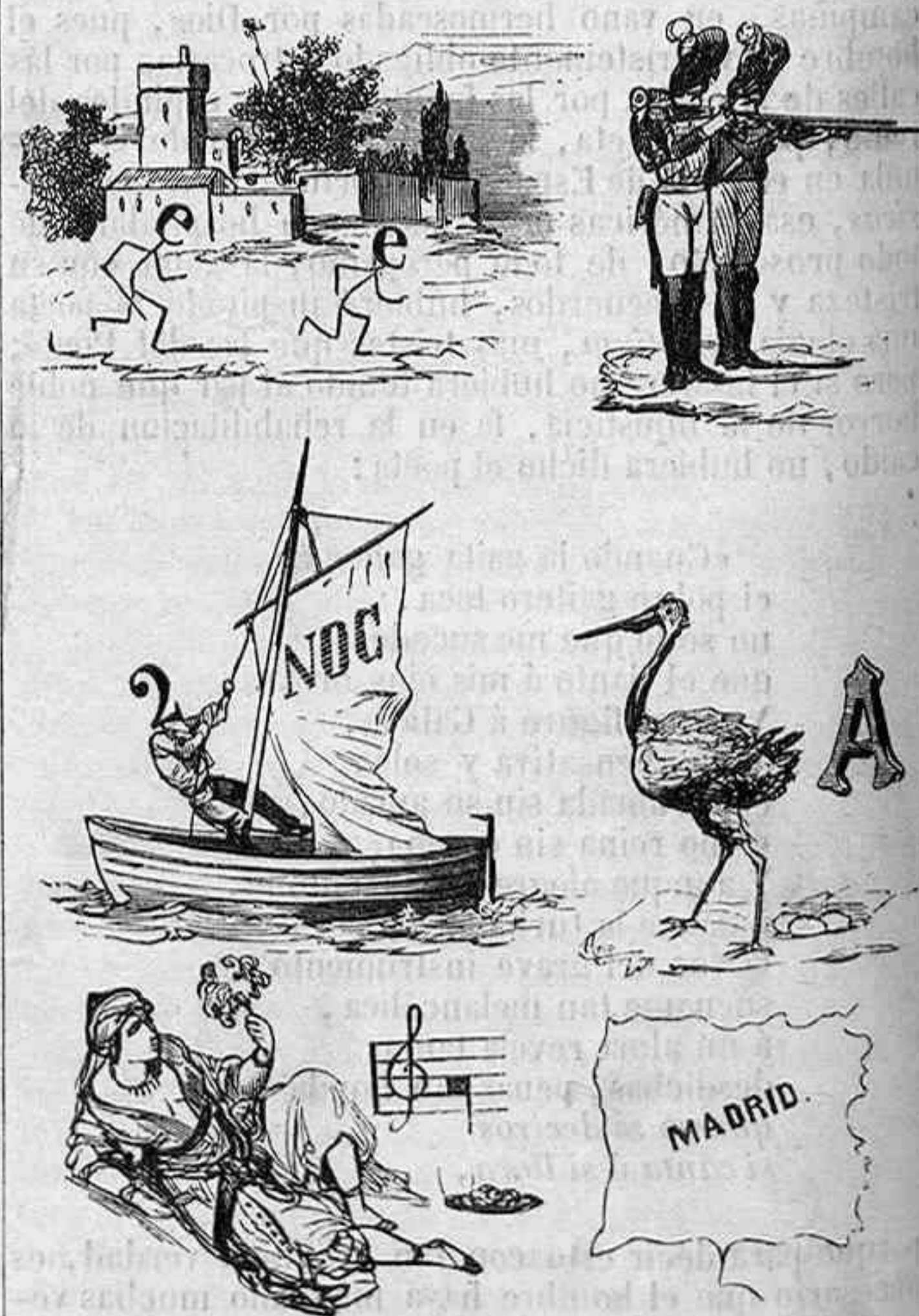
SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXIV.

- | | |
|-------------------------------------|-------------------------|
| 1. ^a R c A D | 1. ^a P 6 T D |
| 2. ^a C 2 A D jaq. | 2. ^a R 7 T D |
| 3. ^a C 4 D | 3. ^a R 8 T D |
| 4. ^a R 2 A D | 4. ^a R 7 T D |
| 5. ^a C 2. ^a R | 5. ^a R 8 T D |
| 6. ^a C c A D | 6. ^a P 7 T D |
| 7. ^a C 3 C D jaq. mat. | |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores J. Oller, E. Castro, G. Dominguez, J. Gonzalez, de Madrid.—M. Zamora, de Almeria.—M. Campá, Porta de Vich.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS. IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.